- - S I T I E N S - -

ESBOZO

DE UNA

BIOGRAFIA DEL MARTIR

LUIS PADILLA

SACRIFICADO EN GUADALAJARA EL
VIERNES 1o. DE ABRIL DE 1927.

1929.

PROLOGO.

DESDE que los últimos gobiernos liberales rompieron contra la Patria todo equilibrio, nosotros denunciamos, con gran clamor y a los cuatro vientos, la catástrofe que latía en las sombras y que amenazaba aniquilarnos, de proseguir yacentes en nuestra inercia inconcebible y criminal; pero aquello fué hablar en esperanto a los Moabitas del siglo de Pericles, y con insólito desdén se escarneció nuestra mentalidad de acejotaemeros tan sólo porque ésta había elevado, aun más, el exponente de su acertada previsión.

Hoy que se tuerce y se retuerce el cuello de la libertad; hoy que se hace bramar de furor a México; hoy que se asesina, que se inmola, que se barre y se destierra....aun subsiste la dulce mansedumbre de todos los "PRUDENTES" y de todos los menguados!!!

Al principio de los acontecimientos todo era esperanzas e ilusiones en medio de aquella máxima tensión; nosotros desde la tribuna y desde nuestra pequeña prensa defendimos, frente a frente del "gobierno", los más rotundos intereses de la Iglesia y de la Patria. Bajo el fuego aplastante de nuestras convicciones, cuya viveza y dinamismo eran capaces de alcanzar y de conquistar las masas, forjamos y orientamos la opinión; y ante aquellos valores que todo penetraban hondamente, los caracteres más tímidos se sacudieron y los vigorosos se sentían fortificados. Ahora se comprende ya que para arrojar a Dios del corazón del hombre, es preciso desgarrarle con fiereza, y que, aun así, resultará una bárbara carnicería ignominiosamente inútil.

Pero también es cierto que nosotros recibimos un golpe de muerte en la mitad del corazón, más que por el sarcasmo del gobierno, por la cobarde estupidez de muchísimos católicos.

¡Los ricos!; éllos, práctica y efectivamente, han sido los más espúreos aliados del gobierno; éllos se han imaginado que les asiste el derecho de permanecer inertes ante la hecatombe, y no han querido apercibirse del valor de nuestra sangre, antes se han mantenido orgullosamente separados, espectadores insolentes de la lucha, envueltos en hermética reserva, irritante y afrentosa.

Doloroso espectáculo el de todos nuestros jefes y soldados que, consumidos por el hambre, por la sed y la inquietud, con profundo dolor patrió-

tico se resuelven a luchar sin esperanzas de socorro en su favor; y todo lo renuncian al escuchar las llamadas a la revuelta, y sólo saben amargamente recordar a cada hora, a cada instante, el inmenso desamparo en que yace abandonada su familia, mientras que los ricos, en vergonzoso contubernio con la inmensa timidez, hacen rodar contra las masas mil conceptos que golpean los corazones, y con su avaricia y su afeminado pesimismo, quebrantan la confianza en la victoria y en el hombre que se esfuerza en enfrentarse vigorosamente a las ambiciones del tirano.

El aire ardía y todo se encrespaba con ira de furor, y era para nosotros una ruda prueba que debíamos de resistir dejando, momento a momento, un jirón de nuestro espíritu sangrante.

Yo había proclamado siempre y sostenido la gran necesidad de la lucha con las armas. Mi cálido temperamento no podía satisfacerse con la polémica oratoria, pues abrigaba la más profunda convicción de que la bondad y la verdad sólo pueden subsistir con el concurso de la fuerza.

Yo exigía absoluta disciplina, entusiasmo y rectitud, y me puse vigorosamente en guardia contra aquellos....que trataban de aprovechar el caos y de hacerle servir a su interés.

Si las fuerzas materiales no respondían a lo recio de mi voluntad en cambio, el feliz espíritu de decisión que me alentaba, manifestó constantemente su noble preeminencia.

La A. C. J. M., por su parte, tenía el don de forjar los corazones; ella proclamaba los ideales que sacudían el espíritu del pueblo y le hacían vibrar con íntimo entusiasmo; ella trataba de fundir las ansias vivas de la Patria y de darles unidad de impulso y unidad de acción. Cuando nuestros adalides tempestuosos entraban en polémica, sus palabras vigorosas y encendidas acompañaban los pesados argumentos que caían rotundos, contundentes, aplastantes como inmensas moles de piedra; nuestro arrojo huracanado revelaba la potencia incontenible, incontrastable, de una voluntad de bronce incapaz de retroceder un punto cuando se trataba de obtener la paz definitiva y victoriosa.

Ansiábamos nosotros vivamente "TODO O NADA", pues los rudos golpes nos forzaron a tender a los extremos y a huír de transacciones; nosotros comprendíamos que se trataba, en último análisis, de la victoria o de a derrota, de la vida o de la muerte del espíritu del pueblo.

Ya no era posible resistir más las insolencias del poder; sus excesos supercolmaron la medida, y las llamadas a la lucha se hicieron apremiantes; ante esa sola idea se levantó una tempestad entre los espíritus "prudentes; pero la sangre inulta de nuestros hermanos reclamaba nuestra espada y nuestra vida, y ya nada ni nadie nos pudiera contener en la inacción. En aquel instante nada valía ni podía servir: nuestros reglamentos, nues-

tra disciplina, nuestra actitud frente al "gobierno", redactados sobre el papel, no tenían ninguna fuerza y ninguna utilidad; era preciso llevarlos a la práctica, infundirlos en la carne y en la sangre y en el alma de nuestros jefes y soldados, para reunir nuestros esfuerzos y descargar un solo golpe trascendental.

Yo comprendí que las hordas oficiales nos arrollarían bajo la masa de sus recursos técnicos, y que sólo el temple del espíritu y los recios nervios de acero, nos harían victoriosamente resistir su empuje formidable y tempestuoso; entonces reuní todas mis potencias y organicé mi grupo sobre solidos cimientos de entusiasmo y convicción.

¡¡Y los ricos continuaban aletargados!!

Su "prudencia" colosal y su servilismo más monstruoso aún, habían firmado alianza con la espantosa tiranía.

Desgraciadamente nosotros los católicos nos habíamos extendido entre la muchedumbre sin ser sólidos y fuertes dentro de nosotros mismos, sin considerar que para concebir planes de dominación moral es, ante todo, indispensable poseer un vigoroso espíritu de oración y de virtud; por eso en el momento culminante nosotros encontramos que no había ecuación entre la apariencia y la evidencia, y que para obtener un frente único debíamos de proceder desde forjar personalidad por personalidad, ya que la ignorancia nos abatía sobre todos nuestros otros adversarios por terribles y funestos que ellos fueran.

Solamente el espíritu de ruso y de judío que animaba al Gran Brigante, había logrado violentamente convocarnos en torno de nuestros oriflamas y pendones; pero en realidad, nosotros, aventados a la lucha, no disponíamos de ninguna clase de recursos, ni siquiera de esperanzas de obtenerlos.

Mas enmedio de aquella dolorosa incomprensión que todo lo envolvía, nosotros no habíamos olvidado todavía que los factores morales constituyen la base gigantesca y principal de todas las empresas.

¡Cuantas, cuantas veces han volteado vertiginosamente nuestran ansias en el aire como ruedas de molino que eternamente giran sin adelantar siquiera un paso!

Bajo el fondo obscuro y lívido del cielo relampagueante y coronado de tragedias. es el rico un dios que está babeando; él cifró su feliz satisfacción en los placeres del estómago y en voluptuosidades vergonzosas; él no ha salido de esta lucha como hombre de honor y de virtud; él ha manchado a su Iglesia, ha manchado a su Patria, ha manchado a su familia y a sí mismo se ha cubierto de excremento. Mientras que sucumben nuestros hombres bajo una lluvia de metralla, los ricos han armado, con su inercia y avaricia, un enemigo poderoso, formidable, contra nosotros y contra éllos mismos a la vez. Ellos no han

querido comprender las necesidades de hierro que nos imponía la guerra, "sea que éllos estuviesen desgraciadamente ciegos, sea que obraran con clarividencia maldita y criminal". Ellos, con todos los fugitivos, con todos los desertores, constituyen la derrota; si todos se hubiesen mantenido firmemente en su lugar, el empuje irrefrenable de las masas nos hubiera dado en un segundo la victoria más sublime y más perfecta.

Yo pude comprender que la ofensiva es la forma más potente del combate porque ella es el símbolo de la superioridad y sólo ella traé la decisión.

Nosotros teníamos profundas convicciones, nervios recios, disciplina e intrepidez; nosotros habíamos hecho a Dios la ofrenda de nuestras ilusiones, de nuestra juventud, de nuestra libertad, de nuestra vida; para abalanzarnos tempestuosos a la arena ensangrentada solamente exigíamos armas, parque y caballos, nada más, nada más; únicamente pedíamos, según la frase de Anacleto González Flores, "ACERO PARA NUESTRAS ESPADAS Y BRONCE PARA NUESTROS ESCUDOS".

La responsabilidad de las desgracias nacionales ha recaído sobre todos los mexicanos sin excepción; sobre todos recaé también, por consiguiente, la misión de redimir a nuestra Patria desgarrada.

Pero muy pocos han querido comprenderlo así.

Los ricos, únicos capaces de prestar su ayuda, habían miserablemente traicionado; éllos no quisieron en nosotros el apoyo moral de sus riquezas ni los adalides del derecho escarnecidos; éllos querían y esperaban "ver más claro" para resolverse á obrar; ¡¡sobrutos!! ¡¡como si la clarividencia fuese propia de animales!!

La Nación entera comenzó a girar en torno de nosotros: veíamos pasar a Guanajuato, a Michoacan, a Veracruz, a Zacatecas y a Sonora y a Guerrero y a Jalisco y a Colima....derrumbados bajo escombros humeantes, victoriosos o vencidos.

Desbordóse nuestro empuje y, arrebatados por aquel "vuelo sangriento de espadas", nos lanzamos fulminantes a la lucha, rodando como una ola potente e incontenible para abrir el camino a los de atrás....

Lo que nosotros ganábamos por fuerza, lo perdían los demás por pesimismos; si la vida de la guerra es la incertidumbre, jamás lo deploramos como entonces.

El enemigo tendió demasiado el arco; se nos rehusaba la estimación que merecía nuestro valor en el combate, y se ahorcó, como a bandidos, a nuestros jefes y soldados; el dolor de nuestros hombres ante estas....era de lo más trágico y acerbo, pues taladraba lo que éllos tenían de más profundo y de más sensible; éllos hacían brioso alarde de bravura e intrepidez; y a las promesas y amenazas contestaban con fiereza: ¡¡nunca! y cuando todas las realidades comenzaron a mentir, solamente la trama ideal pudo mantenerse en pié prestándoles su apoyo; por esoal sucumbir no se despeñaron en la nada blasfemando; su fidelidad caballeresca nunca fué una palabra sin sentido; la sangre derramada por el triunfo de la Iglesia merece la suprema exaltación.

Sí; por falta de preparación y de arraigadas convicciones, por falta de verdadera formación, carecemos de unidad; y esta falta de unidad, grave daño de la Iglesia y de la Patria, se acentúa cuando algunos prominentes personajes nos disparan, por la acción violenta y terminante de nuestras fuerzas libertarias, su gran condenación.

Poco necesitan nuestros ricos y holgazanes para sustraerse y no acudir, y con estas palabras de reproche y de censura a las cuales me refiero, se imaginan apoyados en su odiosa cobardía y en su egoísmo radical, y nos vienen luego, inflados de nada, a predicarnos el quinto mandamiento con solemne suficiencia de doctores de zarzuela y mojiganga.

¡¡Oh, los fariseos del siglo veinte!!

Que declinen los señores mencionados la responsabilidad que pretendieren atribuirles quienes tratan de inmolarles; mas no quieran condenar al mismo tiempo los esfuerzos generosos de un puñado de valientes que recurren a los únicos recursos que les quedan.

¿Porqué tan gran contradicción con su anterior sentir?

Con esta heterogeneidad en nuestro pueblo y con estas novedades y teorias, ¿a qué, por fin, nos podremos atener?; ¿hasta dónde iremos a parar?

¿Se verá al pastor felicitar al lobo por haber salido éste ileso de las garras del perro guardián del rebaño, y volverse contra el fiel defensor a castigarle su celo y escupirle a la cara su inmensa lealtad?

Hoy los ricos continúan en su letargo insolente y criminal.

El toro salvaje lleva a Ligia entre sus astas y Ursus no parece todavía.

¿Cómo asombrarse de que, con semejante conducta, nos hayan aplastado, y de que seamos inferiores en poder a cualquiera facción?

¿No "es justo castigo del Cielo sembrar el bien y recoger el mal", aproximarse al fin sin alcanzarlo nunca, nunca?.....

CAPITULO I.

Y en aquel momento angustioso de la Patria, momento que aun persiste, aparece la figura delicada, íntima y serena de Luis Padilla, cual ofrenda viviente de fe, como ascendrado modelo de acción, cual brioso arranque de generosidad y de heroismo.

¡Cuán pocos tenían la preparación de Luis para la lucha!

Vino al mundo en la Ciudad de Guadalajara, el 9 de diciembre de 1899. Hijo del Sr. Dionisio Padilla y de su esposa la Sra. Mercedes Gómez de Padilla y fué, con un hermanito gemelo que murió, el último vástago de su familia, virtuosa y pudiente, la cual nada omitiera en la brillante formación de aquel, cuya precocidad anticipó que habría de reunir en sí la aristocracia del talento y la aristocracia de la virtud.

Su primera Comunión, fecha que siempre recordara con dulzura, fué el día 24 de Septiembre de 1908.

Hizo sus primeros estudios en el colegio particular del Sr. Tomás Fregoso, de donde pasó a cursar los superiores al instituto "San José" de los R. R. P. P. de la Compañía de Jesús, cuya educación vigorosa y nacional tuvo, desde luego, influencia trascendente en Luis.

La exquisita sensibilidad del Mártir se exalta con su más sombrío disgusto al recordar tal época, y todo porque en aquel entonces asistió con relativa solicitud al teatro, el cual, por otra parte, nunca dió nuevo sesgo a su conducta, como se verá después.

No debe por consiguiente de extrañar que casi nunca refiera su pasado, cuya memoria consideraba como lastre inconmovible que le impedía remontar el vuelo hasta la más elevada perfección; y el libro aquel de intimidades, deliciosa autobiografía en el cual se encontraban consignados sus recuerdos, más remotos, las razones más profundas de su vida, y sus primeros ensayos literarios, fué destruido por el Mártir para sustituirle con aquellos que serían el comentario de su vida nueva, y cuyas páginas, en vez de retenerle en la incertidumbre y en la inquietud y en la indecisión, lo impulsarían vigorosamente, desde entonces, por la senda escarpada que lo elevó a la tumba.

Tal se proponía y lo ha expresado así al empezar su nuevo libro "Recuerdos e impresiones"; pero no contaba Luis con que el hombre viejo sobreviviría a su viejo libro, y que en muchas ocasiones le daría las más intensas señales de su empuje incontenible.

"EL NUEVO LIBRO".

"Hoy he roto mi viejo libro, el que fué por tantos años mi más íntimo y fiel confidente. ¡Oh, yo no odiaba el viejo libro; él guardaba con fidelidad mis impresiones, mis recuerdos, mis alegrías y mis tristezas; pero él contenía mi pasado, ese pasado que yo quería borrar de mi vida y mi recuerdo. Por eso lo rompí, y valgan estas palabras de desagravio y despedida al viejo amigo roto.

"Hoy escribo en el nuevo libro, más pequeño que el viejo, y en el cual sólo hay lugar para "León", el mas querido de mis viejos recuerdos, las demás son hojas blancas que me invitan a que les confíe nuevas esperanzas, nuevas tristezas y afectos nuevos.

"¡Qué fácil me fué romper el viejo libro; sus hojas no opusieron resistencia a mis dedos, como antes no lo hicieron cuando les hacía una confidencia!

"¡Cómo quisiera romper el pasado en sus ilusiones y desesperanzas, sus afectos y sus traiciones con igual facilidad con que destruí mi viejo libro!

"¡Cómo quisiera que mi nuevo libro, fiel reflejo de mi vida nueva, fuera escrito con tanto amor, con tal carácter, con prudencia tanta que nunca mis manos lo rompieran y que, cuando estas manos ya estén yertas, otras manos compasivas o indiferentes lo destruyeran, rota ya mi propia vida!

CAPITULO II.

La vida íntima de Luis hasta los 23 o 24 años, desaparece, pues, casi por completo.

Pero no se oculta que la gran causa generadora de su continua disposición de espíritu, y por consiguiente de su muy compleja actividad fué la duda constante de su vocación.

En noviembre de 1916 ingresó Luis al Seminario Conciliar de Guadalajara donde fué, durante los cinco años que allí pasó, admirable modelo de aplicación y de virtud.

Sus condiscípulos jamás olvidaremos el brioso alarde de aquella soberana clarividencia intelectual que en los cursos de Filosofía y de Teología, siempre dueña y segura de sí, no conoció fronteras infranqueables.

Pero vino la racha de la duda con el fúnebre cortejo de todas las argumentaciones extraviadas a la vez que arrolladoras, a despojar a Luis de todos sus ensueños de apostolado y sacerdocio, y, sin dejarle enmedio de aquel caos de incertidumbre la más sutil compensación, lo aventó del Seminario para siempre.

Desde entonces, nos lo confiesa Luis, lo abandonó la paz.

En esta situación recorrió muchísimos caminos, que abandonaba luego al comprender que no encontraría, al terminar ninguno, aquella tan ansiada plenitud de sus ensueños.

Así pasaron los últimos años de su vida que consignó en los brevísimos apuntes que nos quedan y que sustituyeron al viejo libro destrozado.

Hay caminos tan extraordinarios de la Providencia, que tal vez no sea muy aventurado asegurar que Dios quiso fuese la duda el intenso crisol del Mártir.

Ella atribuló el espíritu de Luis y le inspiró aquellos arranques de ilimitada generosidad que le convirtieron en viva ofrenda y en víctima expiatoria; ella le llevó a caer en pequeñas infidelidades, inconstancias y temores que después le fueron incentivo, punzada y acicate y fuente continua de humildad; ella le mantuvo en esa tormentosa agitación que le impidiera corromperse, y clavando la implacable inquietud muy hondo en su alma, le aventó a desplegar, a irradiar su apostolado en mil sentidos diversos de acción; ella le forjó indulgente y comprensivo; ella fué el pincel que retocara el claro-oscuro de su apasionada fantasía, y el cincel que labró, de incomparable suerte, su atormentado espíritu; ella, en fin, le hizo santo, le hizo apostol, le hizo Mártir.

En el Seminario principiaron para Luis sus más profundas sensaciones, desde la más íntima y serena suavidad de las dulzuras religiosas, hasta la angustiosa e inefable inquietud que provocaron en su espíritu las incertidumbres y temores; pero en el Seminario, y lejos ya de él, siempre abrigó Luis la certeza inquebrantable de haber nacido para excepcional virtud.

De su época de seminarista (1919) quedan brevísimos apuntes que llamara él mismo "Místicas".

Rebosa en ellos su amor a Dios y a su Santa Madre; expone allí su respetuosa admiración por sus amigos condiscípulos, y pasa, al fin, a considerar al Sacerdocio.

"MARIA"

"—Antes que el mundo fuera; Tú ya eras en la mente del Altísimo.

"Pura como la luna. Tú en tu Concepción sin mancha, vencedora del dragón. Tú en tu nacimiento, esperanza del Mesías. Tú en el Templo modelo de vida culta. Tù en la Encarnación, punto de unión entre la humanidad divinizada y el Dios humanizado. Tú en Belén, primer altar del Niño Dios. Tú en el Calvario, Supremo Sacerdote que ofreces a tu propio Hijo Divino. Tú en el Cielo, nuestra única esperanza. Tú siempre ¡Madre!

"El Corazón de Jesús".

"El Corazón de Jesús me ama; ¡qué pensamiento más dulce, más grande, más suave!

"Aquel Corazón formado por el Espíritu Santo me ama y no con un amor cualquiera, sino con amor de Padre, de amigo.

"Aquel Corazón formado con la sangre purísima de la Santísima Virgen, me ama con elevado amor, puro y sin igual.

"Ya no buscaré otros afectos, pues tengo el de Jesús.

"Allí, en ese Corazón abierto por mi amor, es donde quiero vivir y morir.

"A ese Divino Corazón es a quien quiero amar, ya que El me amó primero y hasta la muerte.

"A ese Corazón de Jesús quiero entregar mi corazón, ya que desde la Sagrada Eucaristía oigo la voz Divina de Jesús:-"Hijo mío, dame tu corazón".

"Una distracción en la Capilla".

"Hoy no he estado atento en la Capilla. Pasé revista a mis compañeros, a los futuros Ministros de Dios y Embajadores de Cristo, y los encontré, en su mayor parte pobres, pobres de vestido y con aquella otra pobreza a la cual promete Cristo el Reino de los Cielos. Allí estaban, desgarrados, pero devotos y humildes, sintiéndose más pequeños ante la grandeza del Señor y pensé:-"Ellos se juzgan pequeños y se creen pobres y Dios los ha elegido; y ¡cuánto más grandes son que los grandes de la tierra! Aquellos cubren con riqueza un cuerpo que es polvo; estos cubren con harapos un cuerpo que es templo del Espíritu Santo. Aquellos oyen pronunciar su nombre con respeto por los hombres, y creen hacer un favor a Dios dándole un poco de su tiempo y del amor que les sobra. Estos se entregan totalmente a Dios y oirán de sus Divinos labios:-"Vosotros sois la luz del mundo y la sal de la Tierra". Aquellos llenan su corazón de amor humano; a estos dice Jesús:-"No sois ya siervos, sino amigos".

"Mi Crucifijo".

"Yo tengo en mi escritorio un Crucifijo que siendo mudo habla.

"Esa divina cabeza habla de conformidad, habla de resignación.

"Esos ojos entre abiertos, hablan llenos de discursos mudos.

"Esos divinos labios que hicieron brotar mil mundos, hoy sólo tienen palabras de perdón.

"Esos divinos brazos extendidos, se hallan dispuestos a recibir, llamando siempre.

"La abierta herida del costado nos incita a entrar y a morar siempre en la Fuente de la piedad y del amor: su Divino Corazón.

¡Sacerdote!

"Dios Nuestro Señor quiere que le sirvamos en este mundo para después verle y gozarle en el Cielo.

"Pero es evidente que no todos debemos servirle de la misma manera, y que el conocimiento del modo como quiere Dios que le sirvamos, es la cuestión trascendental en que debemos aplicar nuestro entendimiento, pues que de él depende nuestra vida y nuestra eternidad.

"Cuando el joven llega a la edad en que es preciso decidir su porvenir y resolverse por un estado que dure lo que la vida misma; cuando ve que ante sus asombrados ojos se extienden infinitos horizontes y que debe de elegir un camino que le conduzca a la felicidad eterna y a la tranquilidad temporal; entonces algunos escuchan la voz divina de Jesús que dice:-"Hijo mío, sé Sacerdote".

"Para serlo se necesita indispensablemente vocación; pero ésta no es un modo de ser, una naturaleza especial. ("No me habeis elegido, Yo os elegí a vosotros".)

No; lejos de eso, el Sacerdote al entrar en el Santuario, debe muchas veces contrariar sus inclinaciones, sus hábitos y gustos.

"La vocación no es, pues, otra cosa que lo que literalmente significa "llamamiento".

"Ahora bien, llegamos a la edad de diez y ocho años en la cual, generalmente se elige estado, y no hemos oído todavía la voz divina que llamara a Saulo, camino de Damasco, ni el "Toma y lee" que transformara a Agustín en Doctor y firmísima columna de la Iglesia.

"¿Cómo, pues, decidir de nuestra vida, y cómo orientar nuestro futuro, ese porvenir que vislumbramos entre las brumas rebozante de atractivos y de felicidad?

"I pasan ante los ojos del Joven, como visión fantástica y arrebatadora la gloria bañada de luz y vestida de oropel.

"Ser algo en la existencia; dejar después de nuestro paso por el mundo una estela que recuerde nuestra vida; alistarse bajo las banderas de las grandes causas; influir en la marcha de las sociedades, en el camino de las ideas; sobresalir ya en la oratoría, ya en las ciencias, ya en las artes.

"Todo esto es bello y es lícito; ¿quién de nosotros no ha pensado en ello?

"El afecto que es lo único que basta para hacer feliz una existencia: los dulces y castísimos goces de la familia; la vida serena y dichosa del hogar, de ese hogar que nos imaginamos lleno de amor y de felicidad; la amistad, que ha llamado Lacordaire la más alta de las recompensas concedidas a la virtud sobre la tierra; esa unión íntima de dos corazones, esa conformidad de pensamientos y de afectos, esa confianza mutua, ese intercambio de ideas que nos hace llamar al amigo, no ya hermano, sino "otro yo".

El hermoso fantasma de la gloria se ha desvanecido; él se ha resuelto a vivir pobre, oculto y olvidado entre las paredes de un claustro; abdicando aquello que es lo único que posee eternamente el hombre: la libertad; sin ser dueño ni aun del hábito religioso que viste; viviendo en alguna pobre y olvidada aldea; siendo el amparo de los culpables, el consuelo de los enfermos, el maestro de los niños y el padre de todos; sin pensar para nada en sí mismo; teniendo un corazón lo suficientemente grande para amar y sacrificarse por todos; no esperando, y de hecho no alcanzando aquí sino ingratitudes, olvido e incomprensión, cuando no calumnias y ultrajes.

"¡Oh, no creais que el corazón del Sacerdote ha sido diferente del vuestro.

"No; también a él sonreía la gloria; él podría ser algo en el mundo, ser conocido y aplaudido.

"También siente su corazón la necesidad de afecto, de amor; un corazón que lo ame y lo comprenda.....; y sin embargó, ha dejado que la gloria pase, y ha renunciado al efecto, y.....

"Pero, ¿qué fuerza sobrenatural ha de tal manera contrariado su corazón?

"¿Porqué se ha sacrificado a sí mismo?

"Ya lo he dicho: es que él ha oído la voz divina de Jesús que le ha dicho: —"Hijo mío, hay muchos niños a quienes nadie enseña a conocerme; sé tú su apóstol. Hay muchos enfermos y afligidos que no tienen quien sus lágrimas enjugue; sé tú su compañero, Hay muchos hombres que me olvidan y ultrajan; consuélame por ellos, ámame y ofrécete. Hay muchas almas que, como el paralítico de Betsaida, no pueden ni moverse; traélos tú a Mí. ¡Hijo mío, sé Sacerdote!"

He aquí el gran secreto de las vocaciones sacerdotales; y cuando el joven obediente a la voz de Jesús, se desnuda de todo afecto humano, y cargado con la cruz del sacrificio renuncia a todo, puede exclamar arrebatado de gozo:

Oración de Luis.

"¡Oh, Jesús mío!, símbolo el más perfecto del amor y del dolor.

"Tú me has amado hasta el pesebre, hasta el Calvario, hasta el altar.

"Yo quiero amarte y hacer de Tí solamente mis delicias.

"Sólo Tú, Jesús mío, y para siempre.

"Yo te seguiré por el camino de todos los olvidos, de todos los desprecios y de todos los dolores.

"Si alguno quiere venir en pos de mí,—dices—, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.

"Sí, Jesús, yo te seguiré pasando sobre todo el mundo, sobre todo el infierno y sobre mí mismo; entre tanto, Señor, yo te ruego:—Entre tus llagas escóndeme".

CAPITULO III.

Como una gran portada que nos invita a internarnos en su vida nos presenta Luis su semblanza moral, ese inventario de su mejor haber de entonces, esa cristalización de todos sus ideales, esa síntesis de su intensa personalidad

"Mi Semblanza Moral a los 24 años".

"Rasgo principal de mi carácter:
"Crearme dificultades y desvivirme por servir a todo el mundo.
"Cualidad que prefiero en el hombre:
"La intrepidez.
"Cualidad que prefiero en la mujer:
"La dignidad.
"Cualidad social que desearía en todos:
"La amabilidad.
"Ocupaciones que prefiero:
"Elevar a otros.
"Distracción que prefiero:
"Pasear charlando al aire libre.
"Ocupación que detesto:
"Escribir cartas.
"Estudios que prefiero:
"La Historia eclesiástica de mi Patria.
"Mi sueño dorado:
"Lograr la propia estimación.
"Lo que constituye mi desgracia:
"No estimarme yo mismo.

"Lo que me haría feliz:
"Conocer mi camino y seguirlo sin flogedades ni cobardías.
"Cómo quisiera ser:
"Audaz para el bien y valiente contra el mal;
"Mis mayores enemigos:
"La prodigalidad interior y la desconfianza en mí mismo.
"Mis mejores amigos:
"Los que, según la frase del P. Lacordaire, me quieren lo bastante para tratarme sin piedad.
"Mis prosistas favoritos:
"Van Trich, Lacordaire, Boló y Bougaud.
"Mis novelistas favoritos:
"Paul, Bourget y Henry Bordeaux.
"Mis libros preferidos de formación:
"Sed hombres. E secreto del éxito y El hombre práctico,
"Mis novelas preferidas:
"Cómo maté a mi hijo, Las etapas de una conversión y Mil hombres.
"Mis poetas favoritos:
"Gabriel y Galán, Becquer y Zorrilla.
"Mi lema:
"Dios conmigo y para mí.
"Actos que más me agradan:
"Los de voluntad.
"Reforma que juzgo más necesaria:
"La de sí mismo.
"Lo que me hace sufrir:
"El buscar fuera de mí lo que en mí tengo.
"Lo que me hace pensar:
"El valor del tiempo.
"Lo que me hace reír:
"El homenaje que hacemos a las miserias propias y ajenas.
"El dón que quisiera tener:
"En el orden de la gracia, el de la oración, y en el del tiempo, el de aprovecharlo.
"Lo que más quisiera evitar.
"La pusilanimidad.
"El día mejor de mi vida:
"El 12 de octubre de 1917.
"Mis más gratos recuerdos:
"Los de la fecha citada.
"El peor de mis días:

"Lo ignoro.
"Mis más amargos recuerdos.
"Los de mi niñez,
"Cómo quisiera vivir.
"Sin miedo a la vida.
"Cómo quisiera morir:
"Con gran esperanza en la vida futura basada en la vida pasada.

CAPITULO IV.

Principia después su libro. "Recuerdos e impresiones" revelando la enorme trascendencia que tuvieron para su alma los ejercicios espirituales que hizo en la Ciudad de León, por febrero de 1927, en los cuales decidió, iluminado por excepcional conocimiento de sí y de la voluntad de Dios, abrazar el sacerdocio.

"LEON.

"¡Cuántas emociones, cuántos recuerdos y cuánta felicidad evoca en mí esta sola palabra: León.

"Si la vida es una ascención, en León llegué a su cumbre; si alguna vez he sido bueno, generoso y grande, en León lo he sido; si alguna vez he sentido la felicidad, en León he sido feliz.

"Estaba en la mejor época de mi vida; vencidas en mí y fuera de mí muy intensas rebeliones; teniendo delante un camino cuyo primer paso, incierto y vacilante, había dado poco antes y cuyo segundo paso, firme y consciente iba a dar allí precisamente, en León; camino que en ininterrumpida ascención terminaría en el sacerdocio y en el cielo.

"Estaba en plena juventud de espíritu; tenía ilusiones, afectos, ideales y proyectos; tenía amor, amor a Dios a quien iba yo a decir:—"Señor, ¿qué quieres que haga?"; y amor a los hombres, que eran buenos y amantes conmigo.

"Pero sobre todo, en León iba a decidir mi vida.

"Nada hay más grande que una vida que se inmola a un ideal. Nada más terrible que el momento, que el lugar en que una voluntad libre decide de una vida y de una eternidad:

"En León yo inmolé mi vida a un ideal.

"En León decidí de mi vida y de mi eternidad.

"Si después no supe consumar aquella inmolación y me aparté del camino que entonces acordé seguir; si después despedacé mi vida y la repartí a jirones entre las creaturas, mendigando en cambio un poco de su afecto, aquella

vida que en León dí íntegra al Señor; si después comprometí mi eternidad esto nada quita a la terrible solemnidad de aquel momento y de aquel lugar.

"Si mi alma, que supo entonces elevarse a las sublimes alturas de la caridad de Dios, ha descendido después a todos los egoísmos, esto solo hace añorar más aquellas cumbres.

"Nunca es más grande el hombre que cuando habla con Dios y Dios le responde.

"I en León hablé con Dios y le dije:—"Señor, mi vida nada vale, pero yo quiero hacerla valer ofrendándola a Tí; ¿quieres, Señor, aceptarla?

"I Dios me respondió; estoy seguro:—"Lo quiero, sé sacerdote".

"León pudo haber sido el punto de partida de mi engrandecimiento y de mi felicidad, y lo fué de mi....

"Yo bendigo a León que está ligado al día culminante de mi vida, a aquel 12 de octubre de 1917, que más que ningún otro puedo llamar "MI VIDA".

"He vuelto a León pretendiendo revivir felicidades y emociones de otros tiempos, y sólo encontré tristezas que producen al alma el recuerdo de la dicha pasada en la infidelidad presente, la nostalgia de las cumbres y el remordimiento del vencido".

CAPITULO V.

—"Sed perfectos, así, como mi Padre Celestial es perfecto".

El hombre lleva en sí los elementos necesarios a su propia perfección.

El es una síntesis de la naturaleza toda la cual concurre en él sin repetirse nunca, sin recordar a nadie: de allí que su poder sea completamente nuevo y exclusivo, (así como el rayo de luz que arranca de lo más profundo de su vida es también único y original) y su ley suprema, síntesis de todos sus deberes, sea tan sólo la de su propio ser.

El acumula sus fuerzas sin cesar, y en el momento oportuno todas sus acciones y virtudes del pasado concurren a prestarle su energía, su aureola y dinamismo.

Nunca se hallan en potencia solamente su vicio o su virtud; éstos vibran sin descanso y establecen corriente infatigable al exterior sin que él se lo proponga, sin que él mismo lo imagine, sin necesidad de ostentación, y todo, todo lo compenetran plenamente sin fallar.

El desciende a lo más profundo y misterioso de su esencia, y una vez allí, permite ahondar hasta ese punto a las impresiones de la naturaleza y a la voz del Cielo; se torna exquisitamente sensible, todo lo ausculta, todo lo mira

lo entiende todo, y así resulta luego su expresión (toda expresión es verbo y acción) el más exacto complemento de su personalidad.

Luis lo sabe; pero hay momentos vividos tan intensamente que su actualidad lo avasalla por completo y le impide contemplar el pasado y el futuro en su relación con el presente; sólo mira el sesgo del instante, no ha comprendido aún el plan Providencial en él, y se angustia, se desconcierta y desazona.

El 27 de noviembre de 1924, embestido por todos los oleajes, lejos ya del Seminario, por un momento ensombrecido su semblante, con la ansiedad insatisfecha clavada en la mitad del corazón, vuelve su vista atrás, a la sencillez de la verdad perfecta, así como lo hacemos todos los dolientes, como lo harán también no muy tarde todas las naciones, vuelve su mirada al punto de partida y desahoga su amargura:

"MILAGRO".

..Taumaturgo insigne fué siempre el dolor"

(A. Junco.)

"Viejo a los veinticuatro años; con el alma gastada por la inacción y el desencanto; después de haber buscado inutilmente la vida y la juventud en todas partes, menos en las únicas donde realmente podría encontrarlas: en Dios y en mí.

"Me encontré una tarde con mi vida desecha, con un pasado que infundía la tristeza de todo bien perdido, con un presente que me daba vergüenza y con un futuro que me infundía pavor; con el remordimiento de lo que pudo ser y no fué por culpa mía, con las obras, mis propias obras, prestas a deshacerse entre mis manos.

"Me sentí desconocido, olvidado, burlado de aquellos a quienes había dado mi vida, mi tiempo, mi afecto y mis cosas.

"De la burla de aquel a quien no había hecho sino bienes, ¡gracias, Dios mío! Gracias, sí; ¡cuán desgraciado me sentí!; cuán abandonado, y cuánto raían mi alma al odio y al rencor.

"I vino el milagro porque yo sufría; y sufría tanto que tuve esperanza y me sentí tan abandonado de los hombres que me acordé de Dios, y sentí tanto rencor y odio, que perdoné".

CAPITULO VI.

El fondo de toda real personalidad acusa la unidad.

Todas las complejidades están allí simplificadas; nuestras acciones más contradictorias y diversas se unifican al cumplirse en la hora del más sincero impulso, pues todo arranca de una misma voluntad, como un solo rayo de luz diseña el arcoiris, como una sola vibración produce varias notas diferentes a la vez.

La afirmación y la negación, las sombras y la luz, el odio y el amor, ¿qué son sino diversas maneras de probar que también en el mundo del espíritu todo es una gran conciliación de fuerzas antagónicas y pareadas que desde opuestos puntos obran siempre en perfecta armonía y sencillez?

La influencia extraña, cuando es tan sólo pasajera, cuando no se puede traducir en cambio radical de ideas y sentimientos, podrá imprimir a nuestro vuelo hacia el ideal algunas desviaciones más o menos manifiestas en forma de zigzag; mas serán las tales tan pequeñas que, a cierta distancia y comparadas con la extensión inmensurable del camino, pierden casi por completo su interés y son absolutamente imperceptibles.

Mas si estas mismas desviaciones fueren de carácter superior (sin llegar a radicales), aunque difieran poco más la llegada al término fijado, será su influencia trascendente y muy propicia en algunas ocasiones, pues en compensación aportarán ideas inesperadas, insustituibles sentimientos que sublimarán la misión de quien las sufra, cual magnificaron sus mismas desviaciones a aquel Idomeneo de quien nos habla Rodó en la parábola de "Los seis peregrinos".

Toda la existencia de Luis no fué más que un vuelo sonoro, incontenible a Dios, Quien lo atraía con la intensidad de su reclamo incomparable.

A esta altura del espíritu sus desviaciones no se perciben ya.

¿Qué importa que através de sus escritos le veamos debatirse angustiosamente?

La santidad no excluye al elemento humano, tan sólo le transforma y magnifica.

Viene luego, en simultánea floración el libro "Incoherencias".

Luis se ha asomado nuevamente al abismo de su espíritu, contempla ese constante zigzaguear de su alma, ausculta los diversos reclamos implacables, y a pesar de que su vuelo fulgurante hacia el Creador recorre toda la escala de la experiencia, siente en sí mismo la tortura de su complejidad, y su alma que adora lo recto, lo diáfano y lo simple, principia en su angustia a completarse. "El hombre no es más que la mitad de sí mismo; la otra mitad en su expresión".

El mejor Título.

"Este cuadernito, como todos mis apuntes, íntimos, será el mejor reflejo de mi vida; seré yo mismo hecho letras, frases, trozos..... Al buscarle un título quise encontrar algo con que pudiera titular mi vida. I mi vida sin norma, sin ideal, sin finalidad ninguna, consagrada hoy a lo que aborrecerá mañana, olvidando hoy lo que ayer adoró, tejido de ideas encontradas, de sentimientos opuestos, de emociones pasajeras, ¿qué mejor título podrá llevar que el de "Incoherencias?". UNA INCOHERENCIA VIVIENTE.

"I mis apuntes, reflejo de esa vida, plastificación de esas impresiones, que buscan en el papel una perdurabilidad que no tienen en mi espíritu, serán encontradas verdaderas Incoherencias".

CAPITULO VII.

—"Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza",

I el hombre es semejante a Dios que así lo quiso por su inteligencia para conocer, por su libertad para elegir, por el amor y el dolor, por la gracia y la virtud; y la Redención nos ha rehabilitado para recuperar aquesta misma semejanza que por Adán perdimos en la aurora de los tiempos.

¡Cristificación!; palabra que todo lo expresa, síntesis de toda la mística, santidad de los santos, único ideal trascendente, máxima elevación del ser.

Todas las ansias subconscientes de los hombres, el rumbo extraño que a su pesar prosiguen sus empeños, la intensísima nostalgia inconsolable de ese no sé qué, tan vago y perseguido por las almas; la multiplicidad de sus ideales cuyo hastío les hace abandonarlos en busca de otros nuevos, que también les hastiarán; la creciente inquietud que recorre los grados todos de la angustia hasta despeñarse en infernal desolación.....

¿Qué es todo esto sino la cálida e inconsciente tendencia irrefrenable de los hombres a realizar en sí el ideal divino, tal como saliera de las manos del Creador, estimulada, exacerbada por altísima y realísima presencia del Señor en nuestro ser, presencia que nos convierte en su sagrario y en otros Cristos por la gracia?

El hombre y Dios están en razón inversa en el corazón:

a más hombre, menos Dios;

a menos hombre, más Dios;

a todo hombre, nada Dios;

a nada hombre, todo Dios;

Cuanto más se busca el hombre a sí mismo, más se separa y se olvida

de Dios; cuanto más ambiciona el hombre a su Dios, más se distancia y se olvida, de sí.

Desvanecer el "yo", aniquilar el "yo", perder enteramente el "yo" en obsequio del Señor, esto es segura prenda de transfiguración en Dios.

La eliminación gradual y persistente dentro de nosotros de los elementos constitutivos del "yo", por exacta sustitución de los que constituyen al Creador, concluída en perfecta ausencia del "yo", por absoluta y perfecta presencia del Señor, esto es la santidad, esto es la cristificación.

¿I acaso, en último análisis. no es este el sendero de Luis y el supremo ideal de su existencia?

¿Qué importa que muchas veces tiemble su carne de espanto?

En la hora de la prueba bien podía decir:—"Señor, si es posible, que pase a mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra", pues lo que Vos deseais es lo más perfecto; solamente os pido, ya que soy tan pequeño y débil, que lo apuremos entre Vos y yo.

Santa Teresita del Niño Jesús exclamaba:

"¡Qué suave es el camino del AMOR!; es indudable que se puede caer y cometer infidelidades; pero el amor sabe sacar partido de todo, y presto consume todo lo que pueda desagradar a Jesús, dejando tan sólo en el fondo del corazón una paz humilde y profunda".

CAPITULO VIII.

En marzo de 1925, tras los ejercicios espirituales que hiciera en San Miguel, sintetiza Luis sus impresiones en su libro: "De cosas espirituales".

"Si en todo tiempo han sido necesarios los ejercicios, en este tiempo lo son aun más; nos encontramos en una época semejante a la noche del primer Jueves santo; la muerte de Jesús estaba ya decretada; ya el oro judío andaba en las manos de los que debían vender al Divino Maestro, de los que habían de juzgarle y condenarlo a crucificación. Jesús lo sabía, y entre la muchedumbre de sus discípulos escoje sólo a tres: Pedro, Juan y Santiago para prepararlos a que le acompañen en su pasión.

"La persecución y muerte de Jesús en su Iglesia están ya decretadas; ya el oro judío y protestante anda en manos de los que han de juzgar, acusar y crucificar a la Iglesia (es decir, a Jesús mismo, pues que cuando San Pablo perseguía a los primeros cristianos, Jesús le decía:—"Saulo ¿porqué me persigues?) Jesús lo sabe y pide que se cumpla, que suframos con El, que le defendamos y nos llama para prepararnos como prepara a sus Apóstoles:—"Velad y orad para que no caigais en tentación". Los apóstoles no quisieron velar ni orar y....Pedro le niega tres veces. Juan huye envuelto en una sábana y Santiago no aparece por ninguna parte en la Pasión del Señor". Si nosotros no nos preparamos con la oración y detestamiento de la culpa, no sabremos estar con Jesús en la hora de la prueba y negaremos como Pedro, haremos como Juan y nos ocultaremos como Santiago".

Es de advertir aquí la clarividencia de Luis que, como la del Maestro Anacleto González Flores, profetizó los momentos actuales de la Patria.

En Mayo del mismo año, perdido en las tinieblas de amarguras, sin una brizna de esperanza de conseguir la paz, escribe:

"La respuesta de Dios".

"Dios me dijo:—Sé todo mío; no busques nada ni a nadie fuera de Mí; sólo Yo puedo colmarte".

"Yo respondí a Dios con mis palabras:—"Sólo Tú y para siempre", y con mis hechos le dije.—"No habrá creatura a la que yo no pida un poco de amor, un poco de dicha y un poco de paz, antes de pedirla a Tí, y en cambio, les ofreceré mi corazón, mi paz, mis cosas y si algo sobra será para Tí, Señor".

"Dios, que no se paga de palabras, respondió con hechos:—¿Quieres creaturas?, hártate de ellas; y harto estoy; harto y hambriento, hambriento de amor, de paz, de dicha; harto de desencantos, de desilusiones, de egoísmos, de ruindades.

"¡Oh, la respuesta de Dios!

"¿I no habrá remedio para mí?; ¿Siempre este sufrir y este anhelar?

"Quien a Dios tiene nada le falta; sólo Dios basta".

CAPITULO IX.

Toda acción emerge y converge al amor.

Su mayor espiritualidad es el distintivo de las inteligencias superiores, y su incesante anhelo, la revelación más excelsa de su vida.

No lo que asciende a nuestro "yo", sino lo que desciende sobre nuestra frente y sobre nuestro corazón las caldea y arrebata y embeleza; por esto se acogen siempre a las bellas artes, a la filosofía y al misticismo religioso.

Han reconciliado la cabeza y el corazón y el éxito las consagra.

Dialéctica y pasión, verdad y amor, convicción y exaltación, dos alas que

remontan a los genios y a los santos, son sus alas; sus vuelos sobre todo vuelo, sus ansias sobre toda ansia, su amor y su adoración, sobre toda adoración y sobre todo amor.

Más gigantesca es la vida cuanto más gigantesca es el ansia, porque el ansia es más consumada y estupenda intensificación de la vida.

I esas ansias se revelan de abismarse en lo infinito: el ansia incomparable que al estallar es música si canta, filosofía si piensa, elocuencia si habla, y si ora piedad.

Música, letras, filosofía y misticismo, intérpretes del ansia que tiende a realizarse y no se realiza, sino se esboza; sed que no se extingue, sino se enciende.

Son las penas y amarguras de los seres superiores tanto más intensas cuanto mayor es su elevación; pero ascienden también sus goces sobre todas las esferas en la soledad contemplativa, patrimonio exclusivo de las almas cariátides de los espíritus excelsos.

¿Es que el corazón extraordinario encierra un huracán?; "es que la ambición no es una virtud sino en aquellos en quienes el genio es una fuerza"; ¿es que la melancolía persigue siempre y urge sin descanso mientras el ideal no se realiza?; ¿es que la cruz de la ansiedad proyecta con más empeño su sombra enorme sobre las testas coronadas por la gloria o las espinas?; ¿o hay de convenir mejor en que para el torbellino de inquietud y el angustioso afán todo es en vano, y SOLO DIOS BASTA?

Yo juzgo que estas situaciones espirituales no pueden ser plenamente comprendidas sino por quienes han pasado por allí; "comprender es igualar"; pero ¿habré de callarlas si ellas integran fuertemente la personalidad de Luis, y de otros tantos, tantos que han sufrido por causa de sus ansias y sus dudas lo indecible y que han perdido para siempre hasta la esperanza de recobrar la paz?

Lejos Luis del Seminario, juzgando torcido el rumbo de su vuelo, se detiene para escrutar el horizonte con vivísima ansiedad; como el ave que extraviada tras de la tormenta que la aventó en su furia, revolotea indecisa hasta que orientada ya otra vez, se interna y se pierde resueltamente en el espacio.

Luis, entonces, me expresó sus mas graves inquietudes, su viva incertidumbre, sus temores incontados, como era común entre los dos; nuestra firmísima amistad nos permitía el hacerlo con toda claridad, sin ambajes ni rodeos y hasta censurarnos mutuamente, en algunas ocasiones con viveza, cualquier indecisión. Su carta era muy amarga.

"Tu ley suprema, única, insustituible, le contesté, es la de tu propio ser, la de tu más bien estudiada conveniencia, la que mejor te magnifica ante tu concepto y ante Dios:—"¿Cómo realizarías mejor y más?". Ley que, mientras no sea deformada, no lesiona, no puede lesionar las de los otros, pues al herir no sería ya ley, que no hay verdad contra verdad.

'Nadie tiene derecho de violarla, ni siquiera tú; ¡ay de tí si tal hicieras o

consintieras tal!; el menor de tus castigos sería el perder la paz; y no imagines que podrá exculparte ningún motivo de ternura o compasión que te empuje a delinquir.

"Tan estrechamente unida está tu ley con la ley de los extraños, que no violarías la tuya sin quebrantar la de los otros, ni quebrantarías la ajena sin lesionar la propia tuya.

"Sólo, pues, si observares tu ley serás excelsior, de lo contrario serás execrabilior".

Luis reaccionó, pero después la duda y sus adláteres volvieron al asalto.

CAPITULO X.

Pocos días después, arrebatado Luis en la consideración del amor divino, lleno de ansiedades de virtud y apostolado, pidiendo derramarse tumultuoso y fecundante entre las almas, en ellas pensando antes que en sí, nos habla del más dichoso día posible a su entender:

"El Día más Feliz".

"Anoche leía en "Pajitas de Oro" esta bella discución entre tres niños educados en un Seminario:

"—Hoy, decía uno, se nos ha dicho que es el día más feliz de la vida el día de la primera Comunión; ¡oh, cuán cierto es esto!"

"—No, dijo el segundo, yo juzgo más feliz el día en que consagrado sacerdote, pueda por vez primera tener a Jesucristo entre mis manos y decirle:—¡Dios mío!"

—"Aun hay, dijo el tercero, un día más feliz".

'¡Imposible!" dijeron los dos primeros.

—"Sí; y es el día del Martirio".

"En mi concepto es feliz, muy feliz el día en que Jesucristo viene por primera vez a nuestra alma su morada, a nuestro corazón su trono, a llenarnos de esa grata paz, de esa dulcísima felicidad que sólo se experimenta en la unión Eucarística. Feliz, más feliz debe ser el día en que, nuevo sacerdote, pueda hacer que Jesucristo baje del Cielo y venga a sus manos y de sus manos a su corazón; en que pueda ofrecer la Víctima Eucarística y dar a los fieles el pan

de los ángeles. Más feliz el día que para tan pocos llega de poder probar a Cristo nuestro amor, de poder dar nuestra existencia, nuestra sangre por su fe, por su nombre y por su amor, ya que El nos amó hasta el sacrificio, hasta la muerte. ¿Cabe en la tierra un día más feliz?

"Yo creo que sí; el día en que podamos volver a Cristo un alma que de El se había apartado; el día en que con nuestras oraciones, con nuestro ojemplo, con nuestras insinuaciones, podamos hacer que un alma esclava de Satanás, vuelva arrepentida a los pies de Jesucristo y en su amoroso y Divino Corazón, encuentre para siempre la gracia y la paz".

"¡Qué día tan feliz"!

I luego, casi simultaneamente revienta en él el amor a las creaturas; pero sumiso, no incontenible ni tempestuoso:

"—Arranca, corta, despedaza, Señor, en mi corazón. Había soñado ser solamente tuyo, amarte solamente a Tí y por Tí amar y ofrendarme a mis hermanos. Señor, me he hecho indigno de anegarme en tus ardientes castísimos amores. He creído, que por haber sido infiel a tu amor no amaría más y he rehuído el amar.

"Hoy el amor entra en mi vida; mas ya no tu amor llenándolo todo y haciéndome amarlo todo en Tí, y por tí, sino el amor humano que conduce a Tí.

"Señor si quieres que te ame así, que del amor de la creatura me inflame en tus amores, entonces, consérvame este amor y haz que realmente me eleve a Tí. Mas si quieres todavía que te ame sólo a Tí, si el amor humano ha de ser un obstáculo entre Tú y yo, entonces, Señor, arranca de mi pecho este cariño; corta apenas nacidas estas ilusiones, convierte en polvo estos proyectos; envía el dolor que purifique mis inmundicias, quítame todo afecto humano y átame a Tí, Señor".

"Dádiva".

"Pedí al Señor el dolor y el Señor se ha dignado enviármelo".

CAPITULO XI.

He aquí el canto a la libertad, a esa libertad de la cual no sabía Luis que uso hacer al fin; de esa libertad que fomentaba en él la incertidumbre y le permitía esquivar o retardar la decisión:

"—¡Oh libertad preciosa, no comparada al oro!

"Más que todo, amo la libertad, su amor ha sido la pasión de mi

vida, a ella he ofrendado gustoso mi posición, mis afectos, mi porvenir.

"En el fondo de todas mis mutaciones, de todas mis adoraciones simultáneas y sucesivas, yo he adorado mi libertad. Olvidado, sin amores, siendo un Don Nadie, yo me he sentido feliz porque he sido libre.

"El dinero, la situación, los afectos, son caducos; ¡soy feliz porque soy libre!

"Mi vida será un torrente que se derrame sin fecundar nada, quizás arrastrando cuanto encuentre, consumiéndose tal vez estéril; pero sin ningún dique ni barrera!

Insiste en presentarse el amor humano en su camino; los santos aman humanamente, así, como amamos los demás:

"—¡Cuán amarga es la existencia y cuán triste es el amor!

"El amor para mí ha significado inquietud y aflicción de espíritu.

"Z ..... ha aparecido en mi vida; la amo; si no en otra cosa pudiera conocerlo, en el dolor que inunda mi alma.

"El dolor siempre va unido al amor. Deseo insaciado de servir, deseo insaciado de ofrendar, deseo insaciado de poseer. Tres torturas, tres desesperaciones.

"Este amor es imposible; jamás Z..... lo conocerá; jamás la poseeré.

"Este amor morirá ahogado en mi alma, carcomiéndola al morir.

"I al exterior, la indiferencia y la sonrisa".

El secreto de la virtud de Luis fué su amor apasionado por la Virgen. Pocos, muy pocos podrán decir como el Mártir me decía a los veinticuatro años de su edad:—"Una de las causas que me hacen inclinarme a abrazar el sacerdocio es el no haber cometido un solo pecado mortal desde el día de mi primera Comunión hasta la fecha".

I esto constaba escrito en sus apuntes, y yo doy testimonio de haberlos visto y de haber escuchado estas palabras del mismo Luis.

Así se expresaba de María en sus páginas "Místicas":

"Dignare me laudare Te, Virgo Sacrata"
"Monstra Te esse Matrem".

"—¡María, Madre mía, a pesar de mis muchos pecados y de que no hay pecado alguno que yo no pueda cometer, en Tí, Madre mía, espero salvarme.

"Porque si San Bernardo pregunta:—"¿Quién es aquel que pueda decir: Yo soy del número de los escogidos, responde Santo Tomás:—El que ama a María; y San Buenaventura:—El que tiene escrito su nombre en el corazón de María.

"I para que Tú, Madre mía, escribas mi nombre en tu Corazón, sólo basta que yo escriba el tuyo en el mío, esto es: que te ame; porque Tú lo has dicho:—"Ego díligo diligentes me".

CAPITULO XII.

La eterna obsesión de Luis se manifiesta en todo.

El se siente como perseguido por la constante solicitud de Dios en exigirle el corazón:

"Amor y Dolor".

"Amor y dolor: he aquí dos palabras que sintetizan la vida toda de Jesús. Jesús se hace hombre por amor; por amor sufre, por amor sube a la cumbre del calvario, muere por amor.

"Amor, amor; he aquí su eterna aspiración; amar y ser amado: he aquí su vida.

"Todo cuanto hay en la tierra es bueno en cuanto viene del amor y va hacia él.

"El corazón solamente concibe la vida rodeada de amores y busca su paz y su reposo en el amor de las creaturas, tantas veces ingratas e inconstantes.

"¿Porqué, pues, no poner nuestro amor en Jesús sólo, y sólo en Jesús que nunca olvida, que nunca paga mal y que nos ama hasta la cruz, hasta la Eucaristía..... ?

"I en cambio de tanto amor, de tanto sacrificio, ¿qué pide el Señor?; sólo una cosa:—"Hijo mío, dame tu corazón".

"I para lograrlo, no ha omitido amor ni sacrificios.

Días después agrega Luis:

"La respuesta de Dios".

"Quien siembra vientos cosecha tempestades. Yo que fuí creado para grandes y santos amores, sembré pequeños y egoístas afectos; ¡qué mucho que coseche desengaños!

"Esta es la respuesta de la lógica, la respuesta de mí mismo, no la respuesta de Dios.

"La respuesta de Dios, quien es paciente porque es eterno, es ésta:

—"Mi amor y mi misericordia, que son infinitos, porque son divinos, están sobre todos los pecados y malicias, sobre todas las ingratitudes y desvíos. Me huíste y te llamé de nuevo y te llamaré aún....."

"El camino para ir a Dios es fácil y llano, pero no se vuelve a El sino por el dolor".

CAPITULO XIII.

Continúa Luis en medio de sus luchas; pero tiene, por un momento más fuerte y segura conciencia de sí. La luz se hace brevemente en su camino, reconoce sus yerros, decide enmendarlos....para volver a titubear después.

Cuando la duda se presenta frente a un hombre grande, noble, excepcional, con tal furor que le sacude, con tan inplacable encono, que en muchas ocasiones, sobrecargándolo de angustia. lo derriba para siempre.

¡Lucha infernal!; ¡poema de dolor!

Los ideales más excelsos; las más vehementes ansias de ocuparse en la más perfecta y divina actividad; la intuición profunda y arraigada de vivir organizado moral y materialmente para desplegar con eficacia incontrastable el más intenso apostolado de virtud; el amor impetuoso, incontenible, pasional, coronado de delirios y visiones y nostalgias; crucificado en la sonrisa de la paz o en el sollozo del dolor; el amor irrefrenable por todo lo infinito, por todo lo perfecto, por todo lo inmortal; todo, todo hace ver al hombre tan menguados aquellos objetivos de la pobrísima felicidad vulgar, que con el más profundo desaliento, al tener de resumir la grandeza de su espíritu, se pregunta lleno de melancolía, de cansancio y de amarga decepción:—"I esto es todo?"

El alma flagelada por la duda suscita contra sí misma las más intensas discusiones; ella se arguye y se defiende hasta quedar rendida de dolor.

—"Mira, se dice así misma, mira cuál se encuentran apiñados en torno de la cruz todos los mendigos y los miserables todos, y todos los desamparados, los huérfanos y los leprosos y las viudas y los ciegos y los sordos, y todos los moribundos y todos los envilecidos y todos los pecadores y todos los decepcionados, yacentes unos en su lecho de inmundicias, consumiéndose los otros de angustias y de oprobios, de hambre, de sed y de vergüenza, sin un andrajo que cubrirse, revestidos de llagas, de ignominia y de amargura, heridos todos de abandono, ingratitud y decepcion.

Es la pobre y pecadora grey que necesita hospicios y escuelas, hospitales y asilos, trabajo y dulcedumbre, convicciones y esperanzas, ideales y virtudes, caridad y redención.... Casi todos huyen de los tales; la miés aumenta sin cesar, y día por día escasean los operarios; a pocos se ruega con la herencia—tú eres de éstos—ofreciéndoseles en cambio la misma santidad, el más excelso de los bienes. y precisamente, por lo mismo, el más incomprendido; pero egoístas y cobardes, no lo quieren aceptar.

¿Lo recibes tú?

Si tu aspiración es extraordinaria, ¿qué otra cosa existe que pueda mejor satisfacer tus ansiedades de virtud y perfección? Si el arte no realiza tus ensueños, si la ciencia sólo aviva inutilmente tus afanes; si el mismo corazón de la creatura cae tan por debajo de las ambiciones de tu espíritu; si eres tú mismo el primero en comprender, con esa tan rara transparencia que el cielo te otorgó, que cuanto hay de grande y noble y elevado en este mundo nada vale si a Dios no se endereza, nada vale comparado con la gloria inmarcesible que alcanzaras procurando la gloria del Señor; ¿porqué dudas entonces y vacilas en seguir el llamamiento?

I el alma atormentada a si misma se responde:

—"I, ¿cómo hacerlo si ello implica el sacrificio de aquella creatura angelical que me ha entregado su presente, su futuro, sus ensueños, en el colmo de su amor, y que ha fincado en mí toda, toda la ventura de su vida, la cual destrozaría por siempre yo si, dejándola solita, solita en este mundo obedeciera el apremiante y augustioso llamamiento? ¿Cómo abandonar a aquel anciano padre que mira en mí el descanso en su camino y la sombra en su desierto y el refugio en su inmensa soledad? ¿Cómo también desamparar a aquel hermano mío tan débil y pequeño....? ¡Oh, no; yo me sacrificaré mil veces; pero sacrificar es infinitamente peor que sacrificarse. Yo no tengo más apego a las creaturas que al Creador; se enciende Cristo en mi alma, y con todos mis empeños, con toda mi ansiedad, con todo mi arrebato yo tiendo a las cosas del Señor. Yo también se que estoy organizado moral y materialmenta para ser su apóstol; yo bien sé qua pierdo, al rehusarme a sacrificarme a los que amo y que me quieren, un grado incomparable de gloria en el Cielo, pues no podré absolver en el nombre de Jesús ni un solo pecador; no podré con mi palabra, autorizada, sostener en su cansancio a tantas almas desmayadas, ya rendidas de luchar y que amenazan despeñarse, que voy a reducir a una nada lería mi pobre corazón nacido para todas las grandezas; que aun aquella creatura por quien yo me sacrifico en mis más intensas y perfectas ambiciones, se encargará, con su conducta para mí, de castigar después la infidelidad abrumadora que por ella realicé. Pierdo con la tierra mi paz, la plenitud de mis ideales, mi santificación y las gracias incontables que para aquel camino me estaban reservadas; y en el cielo, el coro de justos que

hubiera salvado, mi grado de gloria, y, sobre todo, ¡ay!, mi grado de amor....!

—¿Pero no te atruenan por ventura las palabras de Jesús:—"Síguenme y deja a los muertos el cuidado de enterrar a los muertos". ¿No comprendes que El es mucho más providente que tú, y que si te llama, El se encargará de consolar y de atender a quienes tanto te han amado y que ahora dejas por su amor? ¿Qué valen todas las creaturas con todos sus placeres y con su mentida gratitud (que no la tendrán) comparados con la herencia que te da el Señor de pobres que acudir, de envilecidos que absolver, de decepcionados que rehabilitar, de pequeñuelos que educar, de pecadores que salvar? ¿Qué hay de más sublime y más interesante para tí que darle honor y gloria a Dios allí donde El te ruega se la des?

—"¡Oh, sí!; yo comprendo que soy un insensato; pero esos seres tan amantes, aunque bien conocen que si en otro tiempo fuí, hoy no soy para ellos ya; aunque bien comprenden, por lo mismo, que desde esa hora tampoco ya son ellos para mí; aunque muy bien saben que no me tocaDios sino que me abruma de su Espíritu y que me urge sin descanso a procurar su gloria y a perseguir mi santidad,—El, que no necesita para nada de su siervo!—no se resuelven a dejarme en mi camino; ellos se resisten y se callan ante la evidencia abrumadora; es incontenible su dolor al encontrarse solos y me atan y estrechan más y más con violentas demostraciones de ternura y de pasión; ellos imaginan aniquilada su existencia si los dejo....y si me dan mi libertad, de tal manera me la dan que sigo más atado aún; ellos son aquella Martha del "Místico" de Rusiñol....

—Pero no habrá paz para tu alma si no obedeces con presteza. Esos mismos que te quieren con locura, se arrepentirán más tarde de haberte rendido y obligado con su afecto, y, o se desprenderán después de tí concediéndote marcharte, en peores condiciones para ellos, o te atarán aun más, hundiéndote y hundiéndose en desgracias incontables, como aquel que caído en el fango tanto más se atasca cuantos mayores esfuerzos realiza por salir....Nada, entanto, calmará tu sed de plenitud y de infinito, y rebozante de lagrimas, tu amargura crecerá, crecerá hasta la hora en que recibas la minúscula ganancia que se deba a las pocas buenas obras que en otro estado que no es el tuyo y para el cual no te encuentras preparado, ni siquiera organizado, hayas sabido realizar, si no es que se te arranca tu talento para entregárselo a quien supo convertir el suyo en diez. ¡Cuántas, cuántas gracias te han sido concedidas desde que se te anunció tu vocación! ¿Podrías contarlas ni valuarlas?

—¡Oh, sí; pero cuán terrible es sacrificar cual otro Abraham....

—¡Cobarde! ¡excusa inbécil! I si Dios, como lo hizo en otro tiempo, sólo quisiera que aceptaras su obediencia, y luego, en premio de la misma te impidiese destrozar?

I el espíritu angustiado, fatigado, prosigue así, abismado en las tinieblas, tiritando de frío bajo el ala del dolor....

La santificación suele ser el más tremendo y tormentoso de todos los combates.

El candidato a la santidad es y debe ser el más incansable adalid de sus empeños; su empuje y su ideal no le ponen absolutamente a cubierto de caídas; el santo no cesa ni un instante de ser el hombre; en esto estriban precisamente el mérito y la gloria.

San Francisco de Sales se conformaba con quedar despojado de todos sus defectos, algunos minutos antes de morir.

El 21 de noviembre de 1925, Luis escribe:

"Vive todavía".

"¿Porqué abomino mi pasado hasta el extremo de rehuír todo cuanto pueda recordármelo?

"No cabe duda que el pasado tuvo días de dicha e intensidad: los recuerdos de la espontaneidad y exuberancia de mi primera juventud, de las efusiones de mis primeras amistades, de los fervores del nacimiento de mi vocación y de mi relativa correspondencia, de mis primicias de apostolado.

"Son recuerdos que deberían llenar de gozo mi alma y que sin embargo me pruducen verdadera opresión de espíritu.

"¿Cuál es la causa?; quizá la conciencia que tengo de lo poco en que he convertido aquellas razones de alegría.

"La espontaneidad y exuberancia de mi primera juventud se han trocado en reserva y desengaño, en encerramiento en mí mismo y en volverme viejo a los veinticuatro años.

Los fervores del nacimiento de mi vocación han sido ahogados por un viento frigidísimo, y después de haber sido ingrato e infiel a mi vocación, la he arrastrado hasta casi arrancarla de mi alma; mas sus raigambres deben de haber sido muy profundos pues aun la siento, si no con la vida y pujanza de antaño, sí con la suficiente fuerza para ser la única luz que ilumina el naufragio de mi vida y de todas mis cosas.

"Caigo en la cuenta de que no es luz lo que me falta.

"Los dulcísimos goces que experimenté al haber perdido los honores y afectos que me hicieron abandonarla; el no haber hallado desde entonces estabilidad ni éxito ni paz; el que después de tantas ingratitudes y pecados, de tantas abominaciones piense en mi vocación y en ella espere como en mi única esperanza, son luces que con resplandor de incendio me iluminan el camino.

"Lo que me falta es fuerza; soy un débil, soy un muerto lejos de Jesús Eucaristía que es la fuerza de los débiles, la resurrección y la vida.

"No sé decidirme a renunciar a esta existencia muelle, inútil, que abomino, y a estos afectos que están tan muertos que ya hieden, y a esta comodidad que me repugna, ni a pisotear el qué dirán de que me burlo".

CAPITULO XIV.

Un nuevo sesgo, un nuevo afecto, rectificado luego, pero que ha repetido con violencia la eterna lección del cansancio.

¿A qué persona se refiere Luis?

Es inútil tratar de saberlo,

"M .. B...."

"La he visto, viene hacia aquí, la he esperado, la he deseado.

"Lo que produciría en mi alma sabrosísima inquietud, como todos los acontecimientos, llega y pasa.

"La aproximación, remota aún, me hacía exclamar.—¡"ven, ven"; ya llega y qué, digo acaso "ven, ven?"; no, sino tan sólo un "hum....de fastidio y de cansancio.

"¡Cuán triste es la condición humana: ansiar, esperar, desear lo lejano, muchas veces lo imposible, y sentir tedio y fastidio del mismo bien al presentarse.

"Creo haber destruído en mí anteriores quimeras. Si es así, sólo servirá para dejar lugar a otras nuevas que pronto llegarán.

Luis observa el constante zigzaguear de su existencia y hoy la mira dirigirse por un camino enteramente nuevo.

Ha amado y ha olvidado; ha anhelado y se ha colmado hasta el hastío; descubre a cada paso que, fuera de Dios, todo cuanto encuentra es una vanidad o un tormento más, y una esperanza o una dulzura menos.

"El desprecio del Amor".

"Hoy más qne nunca escribí incoherencias; hoy más que nunca me siento todo yo una incoherencia.

"Sentir desprecio hacia aquello que se ama o que se amó, es una sensación muy nueva para mí.

"Conocía la satisfacción del amor, el olvido del amor, el arrancarse del amor, el sufrimiento del amor, pero no el desprecio del amor.

"Hoy le desprecio, y sin embargo le estimo.

"El pago de la curiosidad: el desprecio del amor.
"El pago del pasatiempo: el desprecio del amor".

I ese mismo día —6 de diciembre de 1925—, en supremo arranque de amargura, de nostalgia, de viva contricción, escribe Luis sin poderse contener:

"¡Vuelve, Crucifijo mío!"

—"Vuelve, Crucifijo mío; vuelve al blanco y frío muro desde donde ves destruirse mi frívola existencia, vacía y culpable; desde donde tufres mis olvidos, y desde donde en vano esperas una súplica de perdón, una mirada de amor, una lágrima de contrición.

"Tú, en mis momentos de inquietud, de desaliento y de dolor por sentirme culpable y por ver que huye todo y se cierra ante mí, has recibido mis quejas, mis súplicas, mis imprecaciones de que me salves; no mis lágrimas que no han querido brotar de mi helado corazón ni de mis ojos secos.

"Yo te he estrechado sobre mi corazón culpable y has dejado caer en él una gota de esperanza; te he tomado entre mis manos y he colocado mis labios sobre tus pies.

"¡Señor, que tu candentísimo contacto los purifique!

"Has recibido lo que podía yo darte: quejas y lamentos; ahora, vuelve al blanco muro, pero no al habitual olvido.

"Haz, Señor, que mis ojos te busquen con frecuencia, que mis manos te estrechen otra vez y vuelve a reposar sobre mi corazón.

"¡Señor, si al ser encontrada tu santísima cruz con su contacto resucitó un muerto, ve, Señor, que muerto está mi corazón también!"

CAPITULO XV.

Muchas veces yo a mí mismo me decía:—Cuando después de alguna ausencia retornas por el mismo camino que partiste, ¿no descubres, por ventura, el cambio que se ofrece a tu mirada?

Aquella fuente, alivio de los hombres y las bestias, de las aves y las flores, persiste allí, pero derruida y agotada en su abandono, recubierta de punzantes cardos y de ortigas.

Más allá, aquella tierra en otro tiempo árida y estéril, es hoy fecundo campo de azucenas, suave calma del espíritu doliente y pensativo.

Más lejos, sólo encontrarás montón de escombros, guarida de lagartos,

allí, donde en otras primaveras, las ruinas de feudal castillo añoraban su mágico esplendor.

I allá, donde a tu partida se encontraba un yermo, se yergue aquella deliciosa ermita que inunda el silencio majestuoso de la tarde con el vivo recital de sus campanas vocingleras.

I aquella cruz de bronce, trágica y sublime, te indica dónde fué la gran consumación de la existencia gemela de la tuya y que influyó notablemente en tu destino.

I aun más lejos, el árbol venerable que brindara en otro tiempo su sombra y su frescura a tu fatiga, muchos meses ha que yace desgajado por el rayo....

Así, cuando hayas salido de tí para internarte en tí o en el tormentoso mundo externo, y después de alguna ausencia regreses quizá decepcionado a tu primera disposición de espíritu, por el mismo camino que partiste en pos de aquel ideal que deslumbrante arrebató tu irrefrenada fantasía con su más poderoso hechizo y seducción, encontrarás el cambio lentamente realizado en tu conciencia sobre tu voluntad o a pesar de tu propia voluntad.

¡Cuántas fuentes de inspiración y de energía ya cegadas para siempre; cuántos conceptos, tenidos por estériles, fecundan hoy tus campos con su germinación trascendental, y cuántos principios de conducta, que juzgaste inconmovibles, son ahora informe montón de escombros, y cómo tu silencio y soledad se encuentran inundados por la plenitud de la esperanza y de la paz, y cuántas cruces te señalan a lo largo de tu calle de amargura, la muerte de un ensueño y la vida de una decepción, y cómo, en fin, el árbol de aquella deliciosa intimidad, descanso a tu fatiga y tal vez razón de tu existencia ....

I si fueres más constante observador, por poco que tu ausencia se prolongue, al volver, sin duda encontrarás una triste pasionaria o una tímida violeta menos, y una adelfa enrojecida o un punzante cardo más.

Otro tanto aconteciera a Luis, pues escribió:

"Horas Idas"

"Rodeado de todo lo que me fué habitual; mi mesa, mis libros, mi pluma, el rostro de mi Jesús, vuelvo a sentirme de nuevo como en aquella época felicísima en que noche a noche venía a escuchar la voz de Dios que me hablaba por medio del libro amigo, y a oír la voz de mi alma que por medio de mi pluma se hacía visible en el papel.....

"I vinieron otros días, pasaron ante mi vista fantasmas de luz, ocasiones de exhibición, blanduras de afecto, y mi mesa, mi pluma, mi Cristo

fueron olvidados primero; después....los fantasmas se desvanecieron y tras los encantos soñados vinieron el dolor y el olvido.

"I heme aquí solo, saboreando el olvido de todo lo que amé hasta ofrendarle mi afecto y mi tiempo, mi presente y mi porvenir.

"I aquí, en mi soledad, vuelvo a encontrar mi mesa, mis libros, mi pluma y mi Cristo.

—"¿Oh, mis buenos y antiguos amigos que sin rencor por mi olvido tornais a ofrecerme vuestra noble amistad; convidándome a recordar aquellos tiempos me estais predicando una gran verdad: que es posible revivir aquellashoras idas"!

CAPITULO XVI.

Parecía qne Luis marchaba paralelamente y con la misma rapidez por dos caminos diferentes; de una parte su afán de vida más perfecta, de otra su inclinación a continuar por el sendero general.

Pero en el fondo sólo alientan la inquietud y la sobreabundante actividad, que no encontrando cómo emplearse, se vuelven contra él mismo y le flagelan sin darle punto de reposo.

Espíritu proteico, multiforme, pero siempre el mismo, trata de realizarlo todo, extendiéndose, profundizándose y remontándose ilimitadamente, siempre aventado por la MISMA UNIDAD DE ESFUERZO Y DE INTENCION.

En el fondo de todas sus aspiraciones se encuentra Dios; y el ansia y el amor de Dios han sido en realidad, y continuarán siendo. su constante impulso, sin que nada sea capaz de mitigar su creciente empeño de ser de Dios más acá de la muerte y más allá de la vida, del modo más perfecto y exclusivo; por eso escribe:

"El sentimiento que más ardientemente pide nuestra naturaleza es el sentimiento de la paternidad; derramar nuestra naturaleza haciéndola fecunda; conocer que un ser nos debe la existencia y prodigarle nuestros cuidados y cariños....

"Yo creía que tal sentimiento no había hecho su aparición en mí y hace tiempo que existía latente el ansia de amar con cariño de protección, la sed de formar almas; ¿qué otra cosa sino esto es la vocación de la paternidad?

"Yo debería ser padre, padre de almas, y como justo castigo de no

haberme hecho digno de serlo, me encuentro con tesoros de afecto sin objeto".

Después, otro paso más; otro paso hacia adelante y hacia arriba que cuesta todo un supremo esfuerzo al Mártir.

Agotado, rendido de fatiga, después de tantos años de luchas incesantes, de tantas rectificaciones a la dirección de su grandioso vuelo hacia el Creador, siente esa como inercia que invenciblemente le postra por un momento anonadado; parece que Dios insiste en hacerle comprender, más aún, que hasta el esfuerzo que le impulsa hacia El, a El mismo se lo debe.

"Peldaños".

"Hoy leí unos hermosos versos de un poeta místico, en los cuales pide a Dios que suban las almas a la Divinidad por su medio, pero "que suban pisándolo"

"Hoy se ha cumplido en mí el deseo del poeta.

"Del fondo de mis ingratitudes, irresoluciones y tardanzas, he subido "un poco", sólo un poco, sirviéndome de peldaño las páginas del poeta.

—"¡Señor, ¿hasta cuándo subiré del todo? Como el paralítico de la Piscina, "no tengo quién me mueva".

—"¡Tú, Señor, dijiste que cuando fueras levantado entre el Cielo y la Tierra, atraerías hacia Tí todas las cosas.

—"¡Señor, elévate en mi alma por la contemplación de tus dolores y por la participación de tu Cruz.

—"¡Señor, mi miseria, mi egoísmo, y mis pecados me impiden pedirte dolores; pero si ellos han de elevar mi alma uniéndola contigo....¡Señor elévate en mi alma"!

CAPITULO XVII.

En verdad, cuando Dios quiere atraer a un alma, la despoja de cuanto es obstáculo, para esa feliz unión, de cuanto puede interponerse entre los dos y evitar así la entera donación del alma a su Creador.

I el alma despojada, libre ya de los lazos que la estrecharan a la tierra, se abandona absolutamentes en pasión y confianza ilimitada, en el regazo del Señor.

Dios consuma en Luis, con la cooperación del mismo, la obra de san-

tificación que comenzara en los albores de la vida y que continuara en las tormentas de la duda, en medio de tantos decaimientos, de tantos entusiasmos, de muchísimos propósitos que hoy se cumplirán. para frustrarse tal vez mañana, y más tarde realizarse nuevamente....

Se apresura el retoque porque se acerca el fin.

28 de agosto de 1926.

"¿Qué deseo?—pregunta Luis—; ¿qué siento?; ¿porqué tomo la pluma?

"No lo sé. He estado en medio de los hombres, y sólo he sentido hastío y fastidio. Nada ha sido necesario para que incipientes quimeras de afecto se desvanezcan.

"He puesto mi esfuerzo al servicio de las grandes causas, y....

"Mi actual estado de ánimo, a pesar de su complejidad, puede traducirse en cansancio y opresión de espíritu, despego de los hombres, y a veces, ansias de amor divino, y otras, ansias de amor humano.

"Pero sobre todos estos sentimientos que forman ilegible galimatías psicológico, prevalece el cansancio que me hace mejor dejar la pluma".

¡Rectificación defininiva! ¡Solemne inundación de luz! ¡Suprema revelación del Divino amor.

Luis ha vuelto la vista atrás. Por extraña coincidencia, la mayor parte de sus grandes impresiones se cumplieron el primero de Noviembre de cada año en la ultima etapa de su vida.

El de 1926 le manifiesta con tanta claridad y sencillez la aceptación que hace Dios de la ofrenda de su vida, que jamás, en el transcurso de los meses que le restan, volverá a dudar de su destino.

El único error está en el carácter de la tal consagración, pues Luis se engaña al juzgar que Dios lo llama al sacerdocio.

Es la hora de las grandes convulsiones de la Patria.

Dios exige hostias inmaculadas.

Por todas partes ruge el huracán, y solamente las víctimas de amor satisfarán a la Justicia conculcada.

"Muchos son los llamados y pocos los elegidos"; pero la santidad de Luis, aquilatada ya con esas amarguras insondables que el mundo no conoce, no imagina, no pudiera comprender, es de las que el Cielo ha seleccionado.

"Primero de Noviembre".

"¡Cuántos recuerdos suscita esta fecha en mí; primero de Noviembre!

"Cuando niño, compraba los infantiles juguetes con que solía ador-

nar mi Iglesia, esa Iglesia que tanta parte tuvo en el nacimiento de mi vocación.

"Ya joven, el primero de noviembre de 1915, ingresé a la Congregación Mariana, que fué para mí la iniciación en el apostolado seglar.

"El primero de noviembre de 1916 conocí al P. Othón León Romero a quien debí mi entrada al Seminario.

"Primeros de noviembre de 1918, 19 y 20, marcan las fechas en que inicié mis tres cursos de Filosofía.

"Primero de noviembre de 1921, abandoné el Seminario.

"I hoy, primero de noviembre de 1926, parece que conozco un hombre nuevo en mí y Dios quiere que inicie un nuevo curso de mi vida.

"Por mucho tiempo creí que debía encausar mi vida por senderos de aislamiento y de egoísmo. La soledad y la indiferencia llegaron a ser los supremos ideales de mi vida que, consecuentemente, se desarrolló monótona e inútil.

"Hoy tengo sed de actividad y sed de amor.

"¿Porqué la actividad ha de ser algo vedado para mí?

"¿Porqué si mi alma está tan dispuesta a amar que se apega a todo: recuerdos, personas, lugares y que a fuerza tiene mi voluntad que vedarle el amor, no ha de amar jamás, sólo por miedo al dolor que da el amor"?

CAPITULO XVIII.

Dios continúa desatando a Luis del mundo y atrayéndole hacia un plano superior de sabiduría y de santidad.

Luis ha realizado nuevamente, enmedio del dolor, la más completa subversión de los valores de la vida y de la muerte, hasta tocar, a veces, los límites del pesimismo; que en las almas muy ingenuas, exquisitas y sensibles, todo produce la más extremada impresión.

"He estado entre los hombres—escribe—; su afecto ha hecho presa de mi alma y la han inquietado primero y hecho sufrir después con su abandono y desconocimiento.

"He estado entre los hombres; me han envuelto en sus intrigas y me han manchado sus ambiciones.

"¡Vuelve, vuelve a tu deseada y amada soledad, sin afectos, sin compromisos, sin mentiras.

"Vive solo; tú eres tu único amigo.

"Olvida a los hombres egoístas, mentirosos, ambiciosos.

"Ve a las cosas buenas, serviciales y sufridas.

"Ve a los campos y que inunden de paz tu espíritu.

"Que el cansancio y la fatiga de tu cuerpo superen a la labor del cerebro que razona para agitarse, para discurrir y engañarse.

"Que supere las lavas del corazón que ama para que se le desconozca y padecer.

"Se ama a los animales como a los buenos animales.

"La simplicidad de alma de los animales y de las cosas no admite la complejidad, los egoísmos, las traiciones del alma humana".

Pocos, como Luis podrán lanzar con la más profunda certidumbre la dolorosa exclamación de Salomón: "¡Vanidad de vanidades y todo vanidad, fuera del amor de Dios!"

El Mártir, miembro de familia acaudalada, disfrutando de todas las comodidades que es posible ambicionar, dueño de una gran cultura, frecuentador de reducida pero selecta sociedad, no ha encontrado paz en parte alguna.

Su posición frente a la vida es envidiable; nada teme si no es errar su vocación; pero este solo temor es tan fuerte, tan intenso, y de tal manera es cruel torcedor del corazón, que su angustia persistirá hasta cuando tenga, como tiene ya, perfectamente precisado su destino.

La evolución de Luis carecerá de interés para quienes jamás supieron apreciar el valor intrínseco de todas estas aspiraciones insaciables.

Pero aquellos que supieron de las dudas, y nostalgias y agonías que trae consigo el santo ambicionar; aquellos que no se conformarán jamás con la mediocridad en la virtud, sabrán comprender e imitar la decisión irrevocable de Luis para seguir el llamamiento del Señor, y sabrán conservarse dentro el siglo libres de toda contaminación, apoyándose, como el Mártir, en la fortaleza de la oración y de la cruz.

CAPITULO XIX.

Vuelve Luis a considerar las desviaciones y los sesgos de su marcha hacia el ideal, y con esa energía llena de fuerte convicción de que en los últimos meses de su vida le dotara el Cielo, contempla frente a frente su existencia; su pasado, su presente y su futuro cruzan a su vista con tanta precisión, con tanta claridad, con tan honda certidumbre, que ya no puede negarse a convenir en que su indecisión escriba en el temor al sacrificio.

Pero, ¿cómo reparar ese pasado que concluye en ese mismo instante de su vida?, se pregunta lleno de ansiedad y de inquietud.

Replegado en sí mismo, no se resuelve a acudir a nadie; él juzga que le rodea la incomprensión, y, sobre todo, el rubor de su amargura lo confina más y más en las profundidades de su ser.

¡Oh, vida interior tan honda y dolorosa tan apasionada y tan vibrante la de Luis!

No le basta haber tendido con violencia incontenible de ansiedad a toda expresión de apostolado y sacrificio; no le basta cultivar todas y cada una de las virtudes hasta venir a derramar su fecundo exceso entre las almas, imposibilitado de poderse contener.

No; él juzga que está perdido el ayer de su existencia; en su profundísima humildad no puede concebir que el Cielo retocó su espíritu adorante, y que ataviado de todas las virtudes, llega por fin a la última etapa de la santidad, que es el amor arrebatado, el amor irrefrenable incontenible, el amor que se abalanza con locura de ansiedad hacia el Creador y que sólo aspira a la unión perfectísima con El.

Luis ha llegado a la plenitud porque ha llegado a la perfección; y aunque "el hombre en su plenitud no es poderoso sino perfecto", yo juzgo que Luis tiene, además, el supremo poder de la perfección.

"Hablemos claro—escribe el Mártir—; no hay que seguir viviendo en un mundo de quimeras.

"Quimeras mis amores, quimeras mis pesares, quimeras mis desilusiones.

"A mi vida le ha faltado lo real; le ha faltado el trabajo, le ha faltado el amor; ambas faltas reconocen un solo origen.... origen también de mis mentidos amores, pesares y desilusiones; origen del fracaso de mi vida. Si no tuviera fe, la muerte, realidad suprema, sería la solución. Pero tengo fe; hay que seguir viviendo; digo mal: hay que empezar a vivir.

"¿Cómo?

"Todo un mundo de angustia está contenido en esta interrogación.

"¡Cuánto deseo luz!

"¡Cuánto necesito fuerza!

"I no hay quien me dé ni luz ni fuerza.

"En lo humano esta lamentación tiene horrorosa certidumbre; ni familiares ni amigos pueden comprender lo grande de mi desventura, ni mucho menos ayudarme. Unos lamentarían, otros despreciarían. Dios sólo tiene abiertos sus brazos para abarcar todas las miserias, todas las ruindades. El es luz en todas las oscuridades y fortaleza en todos los desfallecimientos".

CAPITULO XX.

A partir de esta fecha, todo es una gran ratificación de su destino.

La vida de Luis ha sido inundada plenamente por la vida del Creador que fluye y se desborda en su irrupción fecunda, dadivosa de sí misma.

Hoy más que nunca tiende a lo supremo y su existencia llena es ferviente testimonio de virtud y santidad.

Libre ya de todo deseo egoísta, se niega Luis a sí mismo, la cruz estrecha entre sus brazos, y en la sobreabundancia de su renunciación al "yo", y en su absoluta donación de si al Señor, llega a comprender que la más sublime realidad es la libertad de la personalidad dentro de la unión perfecta del amor.

"Cuando vislumbré la perfección—nos dice Santa Teresita— comprendí que para llegar a santa es preciso padecer muchísimo, aspirar siempre a lo más perfecto, y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la santidad hay muchos grados de perfección, y que el alma es libre de responder como quiera a las insinuaciones del Señor, de hacer poco o mucho por su amor, en una palabra: que puede escoger entre los sacrificios que El le pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé:—"¡Dios mío, lo escojo todo! No quiero ser santa a medias; no tengo miedo de sufrir por Vos; tan sólo temo una cosa: conservar mi voluntad; tomadla pues escojo todo lo que Vos queráis"!

Esta es en mi concepto concepción perfecta y absoluta de virtud.

"El sentido de las palabras vivas y encendidas que son fruto de la experiencia de los grandes corazones, no puede jamás debilitarse por obra de sistema alguno de interpretación lógica. Tales palabras tienen que ser realizadas, explanadas incesantemente por medio del comentario de las vidas individuales, y adquieren mayor misterio en cada nueva revelación".

I la vida interior de Luis, se nutrió de esta fortaleza de doctrina, la vivió amarga y dulcemente, y con mayor intensidad y apasionamiento, a medida que la muerte se acercaba.

"La dulce añoranza—escribe el Mártir— de una vida de amargo sabor y que viví algún tiempo impulsado por algo que creí ser la voluntad de Dios y que luego abandoné por egoísta cobardía, ¿es acaso un llamamiento, o una venganza del Señor a quien he desoído?

"Con esto me quiere manifestar que aun es tiempo de seguirle, y si el gusto por una vida es indicio de vocación, ese gusto vivo aún después de tantos pecados y de tantas ingratitudes, es un llamamiento, más claro hoy, que el sentido por vez primera, es una exquisita filigrana de la Misericordia y paciencia Divina, y a la vez, una ocasión que me da de borrar todas mis ingratitudes y deslealtades con la fecunda inmolación del sacerdocio, o es quizá el comienzo

del castigo,el amargo pensar en lo que pudo ser,en lo que debió de ser y nunca fué, ni será jamás por culpa mía.

Es lo que yo quiera que sea: si yo sigo la voz que ayer desoí, y me abrazo con la amarga dulzura de mi vocación, será el comienzo de mi regeneración y del dulce estar donde Dios y mi ser me llaman de continuo. Mas si por el contrario, desoigo ahora el apremio de Dios, será esto el comienzo del castigo".

CAPITULO XXI.

No debe de pensarse que las luchas interiores del espíritu de Luis lo encadenaran y postraran en la inercia en que han yacido centenares y millares de católicos menguados que se amparan bajo el nombre ignominioso de "prudentes".

No; al estallar la persecución que el Macho Cabrío con presunciones de criterio filosófiico emprendiera contra los católicos de Méjico, Luis, que había sido entusiasta socio fundador de la A. C. J. M. en Guadalajara, era su Presidente infatigable.

I él mismo había impulsado durante varios años, con su celo incontenible,la formación de las Vanguardias,centros de preparación para los niños que habrían de ingresar más tarde, en la edad reglamentaria,a la misma gloriosa Asociación.

Luis preparaba a la niñez que al entrar en plenajuventud pasaría a recibir los últimos retoques trascendentes en las aulas de Anacleto González Flores.

¡Cuántos y cuántos han debido a estos dos campeones su más profunda y religiosa formación.

¡Oh, qué admirable concepto de deber el suyo, y qué sentido tan glorioso al realizarlo por su Dios y por su Patria!

Ilustre Congregante y Catequista sin barreras, Luis inundó con su palabra y con su ejemplo, todos los centros de enseñanza doctrinal.

¡I esto durante diez o quince años!

I cuando Mons. Orozco y Jiménez, uno de los Prelados más virtuosos, más activos, más brillantes, más intrépidos, más bien formados según el Corazón de Cristo en el momento actual del mundo, decretó la excomunión contra los padres de familia que enviaran a sus hijos a las escuelas oficiales, donde abiertamente se enseñaba socialismo e irreligión, Luis se convirtió en Cruzado de la Iglesia, y pocos desplegaron tan violenta actividad para predicar la excomunión.

I tales fueron los frutos que aquella oportuna excomunión nos trajo, que las escuelas oficiales se vieron "literalmente" despobladas.

También predicó el Boicot; viósele siempre ocupar su puesto adelantado en las jiras de propaganda por la Unión Popular, y finalmente hubo tiempo, entonces, en que pronunció hasta veinte discursos diarios.

El entusiasmo por la lucha y por la libertad fué tan grande, en casi todo Jalisco, que como digna reacción, en plena tiranía, hubo procesiones públicas de un pueblo a otro en casi todo el Estado, (¡oh, crimen sin igual!) cosa que nunca se soñó siquiera que pudiese acontecer.

I digo en "casi" todo el Estado, porque hay algunos pueblos, entre otros Autlán, Ahualulco, Atoyac, que. por su indiferencia en el conflicto religioso por su extraordinaria frivolidad, por su prudente cobardía y por su ausencia incomparable de ideales levantados, (cosas todas que han encarnado en los eternos petimetres, máximos exponentes de la nulidad, despreciables gusanillos si se les compara con el Mártir), pueden ser considerados como los lunares de Jalisco. a pesar de los esfuerzos que por la causa desplegaron sus párrocos y algunas familias admirables, aún piadosas por convicción, perseguidas por causa de la Justicia, y que justamente avergonzadas de su pueblo, podrían imitar aquellas palabras del Dante:

"Soy florentino de nacimiento, no de costumbres"

Yo me atrevo a asegurar que la fiesta de Cristo Rey en Guadalajara y en los pueblos, (1926) por su desbordamiento de entusiasmo y devoción, en pleno reinado del Terror. supera, en mucho, a las más célebres consagraciones al mismo Divino Corazón, de las más notables ciudades de la tierra.

CAPITULO XXII.

La vida interior del Mártir tuvo siempre dos grandes polos: la devoción fogosa, arrebatada a la Santísima Virgen y la constante meditación.

El sabía que la talla de un hombre, se mide siempre por su vida interior, y que ésta no es jamás posible sin haber confianza y abandono ilimitados, pasionales, en María.

Mucho más que la lectura fué su meditación, que nunca interrumpió, la fuente de su admirable conocimiento de las cosas del espíritu; al tratar estas cuestiones, avasallaba su elocuencia.

Bien comprendía, pues, el poder de la oración unida al sacrificio, cuando escribió este arranque de la más sentida gratitud:

"Alguna alma buena ha orado por mí".

"Hay en las almas mudanzas tales, movimientos, inspiraciones, que serían

inexplicables si no lo explicara todo la oración.

"El dolor y la inquietud me habían acercado a Dios....; la alegría y la soberbia me alejaron de El, y hoy, que estaba tan lejos, he vuelto al Padre por la oración, lo he encontrado y me perdonará.

"Dios me ha buscado. Dios me ha llamado!

"¿Qué le ha movido a llamarme?

"Sólo la oración de una alma buena.

—"¡Oh, alma buena que has orado por mí, quizá no te conozco, quizá no te conoceré yo nunca; quien quiera que seas, donde quiera que te encuentres, ¡Dios te lo pague!; ¡bendita seas!"

CAPITULO XXIII.

¡Oh, cuán fácil es ser santo, y cuán suave es el camino de la perfección, cuando se ha hecho y se vive cumpliendo el VOTO DE CARIDAD!

¡Caridad, alma de pasión!

Amor en el íntimo y constante vencimiento propio; amor en la consagración definitiva de todas las acciones, conscientes o inconscientes, al Creador; amor en la eterna sonrisa que vela muchas veces la amargura; amor en el pequeño sacrificio realizado silenciosa y delicadamente allá en la intimidad del corazón, en obsequio del que amamos o de aquel que nos fastidia; amor en la plegaria oculta que se dirige al Cielo para alcanzar de lo alto una flor de contrición, de fortaleza, de dulzura, de esperanza. de paz o de consuelo para el alma que más la necesite; amor, en la continua rectificación o ratificación de la intención de nuestras obras; amor en la indulgencia desplegada para juzgar de las acciones de los otros; amor universal que a todos los seres envuelve y auxilia y bendice como a creaturas del Señor y hermanas nuestras; amor en la profunda soledad del corazón incomprendido, desdeñado, repudiado, que del fondo de sus luchas y aislamiento, confiadamente se abandona en el regazo del Creador, sin tener ya más voluntad que la Divina.

Amor que murmura siempre "amén" en toda la profundidad de la palabra en cuanto hay en ella de sumisión y de dulzura, de abandono y de humildad, de obediencia y de ternura y de pasión; "amén" es el FIAT supremo ante los Cielos, ante los hombres, ante el destino; es la suprema aceptación del amoroso sacrificio, razón de nuestra vida y razón de nuestro ser; toda la lealtad está encerrada allí; toda la abnegación, toda la sabiduría y toda la fortaleza; si es justamente la palabra con que los ángeles adoran,

es más justamente, la oración del hombre que en el Voto de Caridad se ofrece en holocausto.

I es por falta de Caridad que el mundo se derrumba, se disuelve, se destruye, se aniquila; porque la Caridad, síntesis de todas las virtudes a todas las engendra en nuestras almas y a todas las mantiene con su fuego apasionado, inextinguible.

En la tierra brillan la Fe y la Esperanza, mientras la Caridad, en la tierra y en el Cielo nos inflama.

Si Luis no hizo, no formuló el Voto de Caridad, en cambio, prácticamente lo cumplió.

Toda su existencia fué de amor, de la más bien entendida caridad; caridad que jamás conoció limitación.

Cuando el huracán se desató sobre la Iglesia, muchos se aprestaron al martirio;—"Yo, decía Luis, no he de escatimar mi sangre a Dios, ni podré esconderme de su Divina mano; pero no doy los tamaños para Mártir".

Todo es un caos en nuestra Patria.

Donoso Cortés, con su clarividencia trascendental, predice el máximun de represión política cuando sea un hecho la nulidad de la represión religiosa. I la hora llegó; nuestros gobiernos limitaron, imposibilitaron casi, la acción del sacerdote, que en muchas partes transigió....y establecieron además la Escuela atea.

De Maistre observa flagelados los espíritus por la más inquieta y extraña expectación de algo confusamente presentido, pero herméticamente inexplicable; y cuantos consideran las disonancias de la multiplicidad de los factores integrales de los pueblos, sacudidos de raiz, para caer muy luego en soporosa mansedumbre de inercia y de olvido voluntarios, tienen la hondísima intuición de las profundas transformaciones que amenazan volcar al mundo en vez de equilibrarlo.

I la visión de todos los ilusos se cumplió.

I la guerra implacable está desatada sin descanso ni cuartel.

Llega el mes de enero; el espionaje más acentuado; más honda la tensión de los católicos; más firmes la esperanza y la creencia; más ardientes las ansias de martirio; y el enconado afán de perseguir "continúa engendrando celos, y suspicacias hasta el fin; ese fin que sólo llega por obra de alguna súbita catástrofe o de un gran renacimiento espiritual".

Dios advierte a Luis y éste escribe:

ESPERA

"Siento que algo solemne va a ocurrir en mi vida", que me aproxima a la primera realidad de ella y que esta realidad tendrá todo el horror de una tragedia.

"Perderé a F bien 'o sé; lo presiento, morirá.

"I yo mismo. ¿qué será de mí?

"¿Debo de ofrecer el sacrificio de mi vida, sin más realidad que redima todo un inútil pasado?

"¿Destrozaré el corazón de mi madre, o escucharé una vez más la voz de mi egoísmo?

"¿Cuál es mi deber

.....

"Pregunta de vida o muerte, de gloria o de ignominia, de redención o de estúpida resignación.

CAPITULO XXIV.

Luis era entonces Secretario de la Unión Popular—que así se llamó en Jalisco a la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa.— En ese puesto, ¡cuántas desilusiones, cuántos desengaños! ¡Cómo conoció de cerca el egoísmo, la cobardía de muchísimos católicos que en la hora de la prueba nos volvieron las espaldas; Luis que sólo buscaba el triunfo de la Iglesia, encontraba bajo cada desengaño, nuevos motivos de fe y de unión con Dios.

El 24 de enero escribe:

"CEGUEDAD".

"Me imagino que todos los ciegos se forman en su interior un mundo ideal más bello que el que vemos, que lo adornan con todas las bellezas que no ven y se complacen en su mundo más que nosotros que miramos.

"Viene un día en que se dice a un ciego: que su ceguera es curable y no omite sacrificios para ver con los ojos el mundo que se forjó.

"Ve al fin y, ¡oh desengaño! su mundo irreal era más bello.

"Sin embargo la realidad bien vale la pena de todos los sacrificios.

"Como ciego, (siempre lo es el que ama) yo me forjé mi hermoso mundo, sufrí mientras me costó ver la realidad; pero la realidad lo vale todo.

La realidad a que Luis se refiere es la de la vida en todas sus manifestaciones.

Sus luchas y sus dudas le mantenían en la ceguera; el contacto más directo, más íntimo sin duda con el dolor humano, le hizo comprender el valor de la existencia como único tiempo hábil para merecer aquí.

"La verdad jamás fué dañosa", dice un principio; ¿qué importa que nos lastime muchas veces?; ¿qué importa que no coincida con las apariencias que le prestó la fantasía en sus arranques de lirismo?

Las miserias humanas en todas sus manifestaciones se lo mostraron mejor que pudieran hacerlo mil volúmenes, en aquella hora de grande prueba.

CAPITULO XXV.

Dios por su parte continúa despojando a Luis de cuanto se oponía a su perfeccionamiento; el momento es terrible; Luis necesita luchar contra propios y extraños, y en esa lucha quiere conservar la paz interior, lo que él juzga su único haber.

Cuando Dios trata de concluir su obra de perfeccionamiento en un alma, de todo la despojará si fuere necesario; pero intensificará, allá en el fondo de su corazón la paz inalterable.

"MI PAZ".

"A todos cuantos me han pedido un dón se lo he dado—escribe Luis—.

"En cambio, he esperado de los otros un don semejante, don de afecto, de interés....

"Hoy no espero de los otros ningún don, ni interés ni afecto; nada quiero que me den; pero que no me quiten, que no me quiten mi paz.

"Mi paz es mi más precioso, al mejor de mis dones; y en el naufragio general de todas mis cosas, es el único que a todo trance yo quiero conservar.

"Defenderé mi paz contra los acontecimientos y las cosas, contra amigos y enemigos, aun contra mí mismo".

"La paz, la confianza, el amor y el abandono, dice Jesús, deben ser como las cuatro ruedas del carro de tu perfección; si falta una rueda el carro se arrastra. Con la paz entras en mi Corazón, con la confianza permaneces en El, con el amor reinas en El, con el abandono descansas en El".

I luego añade:

"No son las faltas de fragilidad las que detienen la obra del amor, en un alma, sino las cavilaciones del amor propio, las reflexiones sobre sí misma".

Luis no ha vuelto a pensar en sí; ha entregado sus miserias a Jesús, encuentra en El la paz perdida y definitivamente se abandona en El.

Será sacerdote luego que se abra el Seminario; entre tanto, luchará en la

Acción Católico Social por el triunfo de la Iglesia; pero hoy, mañana y siempre, sobre todo y sobre todos, rebozante de paz el corazón.

CAPITULO XXVI.

Se disputan el imperio de las almas: la pasión de la tiranía y la pasión de la libertad.

Ya la libertad convoca a los espíritus intrépidos y libres a confiarles su defensa; tremolan sus banderas dominando el horizonte, y el hacha formidable de las venganzas del Señor se levanta amenazando a los tiranos.

Luis lo presiente todo; es el momento decisivo; no vacila ya; coje a su Cristo, al Cristo soñado, forjado en los arranques de su apasionada fantasía; "al Cristo con quien se veló muchas noches de dudas y abandonos: al Cristo con quien se fue de la mano desesperadamente buscando la luz de la verdad y de la gracia y de la paz por todos los senderos del dolor"; lo coge y lo clava de pies y manos sobre su propio corazón.

Solamente las víctimas inmaculadas satisfacen a la Justicia de los Cielos. Luis es hostia por el sacrifiicio, consagrada por el emor; Dios lo escoge para víctima y testigo de su eternísima bondad, y Luis acepta su holocausto.

Puesto que juzga ser llamado al sacerdocio, y acepta el llamamiento, exteriormente continuará luchando con gran peligro en la Unión Popular; en lo interior, vivirá en constante donación de sí mismo a Dios.

Juzgan muchos que es la santidad monótona en extremo; no sospechan que es en sí lo menos rutinario que hay.

En ella, como en todo, adelanta más quien a su manera modifica y facilita más su actividad según la moción particular que recibe del Espíritu Divino.

No hay dos santidades iguales; jamás se repite un mismo camino de perfección entre los hombres.

Dios no se copia en sus creaturas

Aun dentro de la severa estrechez de la regla cabe increíble libertad de acción, y el principio de San Juan Berchmans: "No cosas nuevas, sino de nueva manera", nos da el secreto de muy grandes adelantos en las ciencias y en las artes y sobre todo en la virtud.

¡Cuántas veces nos bajamos de la acera para mejor adelantar sin sentirnos detenidos por la estorbosa negligencia de todos los transeuntes; ¿nos salimos por eso de la calle o cambiamos dirección?

El sacrificio es la medida del amor, y el grado de amor nos da el de la virtud y santidad.

¿Son iguales dos amores por ventura?

Luis bien sabe que "Para ser chispa que enciende, reja que ara, fuego que templa, vendaval que arrasa, debemos con firmeza llevar el gesto hasta donde vuele nuestra intención".

Por eso acepta el sacrificio que le aguarda, pues sea cual fuere, se cumplirá en la hora del Señor.

"¡Jesús Hostia—exclama Luis—, Jesús Eucaristía!, ¡Jesús Amor!

"Al pie del Sagrario, cerca de Jesús, es donde se goza la paz que en el mundo no podrá encontrarse; no la falsa paz que produce enervamiento; la paz que nos hace ver frente a frente la vida con todas sus amarguras, con todos sus desengaños, sin turbación, sin miedo.

"¿Cómo turbarnos si Jesucristo está allí, si palpita por nosotros su amoroso Corazón?

"¿Cómo tener miedo si Jesús vela por nosotros, si Jesús vive en la Hostia Sacramento?

"Mis ojos no te ven, Jesús mío, pero mi corazón te siente y mi voluntad te adora.

"¡Hostia Divina, Tú eres Jesús, Tú eres ojos que ven, labios que llaman, oídos que oyen, Corazón que ama, Víctima Santa que se inmola.

"En torno tuyo se desprende una atmósfera de unión que nos hace ver en todos hijos tuyos hermanos nuestros; una atmósfera de pureza que nos hace despreciar todo lo que está manchando y en que tus Divinos ojos no pueden detenerse y sobre todo, un aliento dulcísimo de amor que nos hace amarte insaciablemente, que nos hace sentir una sed inextinguible de sacrificio.

"¡Oh, Jesús, Hostia, Amor, Eucaristía, Sacrificio y Vida!

"¡Mi Dios y mi Todo!"

CAPITULO XXVII.

En octubre de 1926 remití a Luis copia de estas Síntesis y Conclusiones del discurso pronunciado por mí la noche del 27 de Septiembre del mismo año, en la Ciudad de México, con el fin de unificar, él y yo, nuestras actividades particulares en pleno conflicto religioso:

La Vocación de México.

El programa de política interior y exterior que debe unir a todos los

mexicanos en una misma aspiración, se condensa en estas Conclusiones que arrancan invenciblemente del derecho de la República a su vida, a su independencia y a su felicidad.

Primera Proposición.

"Libertad absoluta de Cultos".

La idea y el sentimiento religiosos son profundamente naturales en el hombre. La relación de dependencia que nos une a Dios, y su mismo expreso deseo nos marcan ESPECIAL comunicación con El, no ARBITRARIA como algunos quieren. Aquella dependencia se llama Religión, y esta comunicación se llama Culto. La explicación de aquella y el ejercicio de éste corresponden a quienes Dios elige para constituir la Iglesia Docente, la más alta jerarquía Cristiana, la cual requiere, para el desempeño de su misión, toda la libertad que por derecho y gratitud se le debe conceder. La personalidad general que se llama Iglesia está constituída por la congregación de las personalidades particulares que se llaman fieles. Convengamos (la verdad jamás fué dañosa) en que la calidad de lo general depende de la calidad de lo particular; entonces, si la Iglesia es débil podemos atribuirlo, humanamente hablando, a la debilidad particular de cada uno de los fieles, la cual estriba, (sic), EN LA AUSENCIA ABSOLUTA, EN LA MAYOR PARTE, DE VERDADERA VIDA INTERIOR. Casi nadie sabe meditar, no se enseñan los procesos accesibles para ello; no se instruye intensiva y extensivamente sobre los fundamentos doctrinales que nos incrustan la convicción; muy pocos son los que conocen las Sagradas Escrituras, y menos todavía los que tienen Director espiritual. Todo se va en novenas y trisagios y enseñanza rutinaria, y se descuida la verdadera vida interior que es lo único que vale y que redime, y sin lo cual todo lo demás no sirve para nada.

Primera Conclusión:

Debe aquilatarse el valor de CADA UNO para magnificar el de la Iglesia. Para esto exijan quienes pueden que se enseñe a todo mundo a meditar en la medida de su capacidad, considerando que Dios suplirá lo que faltare. Oblíguese a todos a buscar su Director espiritual, intensifíquese la enseñanza de la Doctrina y el conocimiento de las Escrituras en todos los ámbitos de México, de manera razonada y efectiva. Sin esto, todo lo demás será completamente inútil.

Segunda Proposición:

"Espíritu práctico en las cuestiones sociológicas".

En la mayor parte de las organizaciones católico-sociales prevalece, a pesar de la noble voluntad de todos, un idealismo absurdo que casi siempre

se resuelve primero en discusiones bizantinas, y en desaliento y decepción después. Sin desconocer muchísimas y admirables excepciones.

Segunda Conclusión:

Deben empuñar las riendas de tales organizaciones elementos animados de espíritu práctico que hagan redundar en provecho económico del campesino y del obrero todas las circunstancias. Hágase inmediatamente después la más intensa propaganda en pro de tales organizaciones, entre los pobres para que busquen su beneficio allí, y entre los capitalistas para que en íntimo contacto con ellas modifiquen su actitud indiferente y en algunos casos desdeñosa y agresiva.

Tercera Proposición:

"Libertad política".

Además de católicos somos ciudadanos y tenemos el derecho natural de intervenir en la resolución de las cuestiones políticas, económicas y administrativas por que se relacionan con todos los órdenes de la existencia y porque pueden favorecer o lesionar nuestros programas religiosos y sociales.

Tercera Conclusión

Para realizar este destino necesitamos la "libertad de imprenta" y la "libertad de educación". Pero esto no es bastante para garantizar el reinado de la democracia jerárquica cuya fórmula está fundada en una necesidad social: "el derecho a ser bien gobernado", que vale infinitamente más que la fórmula de la democracia igualitaria; establecida en la ambición del holgazán: "el derecho de todos a gobernar, sea quien fuere, sepa o no sepa, pueda o no pueda". No; nosotros necesitamos verdadera representación nacional; una Cámara en la cual, como Vázquez de Mella lo ha sugerido, estén representados todos los intereses sociales: el interés material (agricultura, comercio, industria, minería, etc.); el interés intelectual (escuelas, universidades, corporaciones científicas, etc.); el interés moral (el sacerdocio); el interés de la defensa Nacional (el ejército y la marina). Sólo sobre estas tres bases de orden religioso, de orden sociológico, y de orden político, se levantará la personalidad de México vigorosamente informada, para corresponder a su altísima vocación. Sólo siendo fuertes en el interior sobre estos tres órdenes distintos podremos serlo en el exterior, de manera rotunda y trascendental.

Cuarta Proposición:

"Determinar la posición de México en el mundo".

Todos quieren, con sus frases de cajón, un México grande y respetado;

pero si no se atiende debidamente a nuestra situación interna, si las clases directoras no han sabido o querido las unas, ni podido las otras cumplir hasta hoy con su misión de informar la más íntima existencia nacional, ¿cómo atender a la vida exterior de la República? Los países son grandes y fuertes, "en el interior por sus instituciones y costumbres, en el exterior, por sus alianzas y relaciones internacionales". I nosotros somos un caos en el interior, y en el exterior, el ludibrio de las gentes.

No tenemos una política predeterminada, un ideal a donde concurran nuestras actividades; en realidad vivimos del presente, y de un presente tempestuoso en el cual el espíritu del pueblo, desamparado, sin piloto y sin guía, embestido por todos los oleajes, extranjero en el mundo y desesperado, "busca asirse de fantasmas intengibles" que aparecen en nuestra noche eterna y tenebrosa.

Cuarta Conclusión:

México, por sus condiciones geográficas, religiosas, intelectuales y económicas (aunque sea en potencia) y como hermana mayor de las naciones indo hispanas, debe forjar la Gran Confederación Latino Americana. "En ella tendrá España la primacía de honor y el arbitraje amoroso y justo en todas las contiendas de los países a los cuales infundió su propia vida". México sabrá oponer así a los Estados Unidos del Norte, los Estados Unidos del Sur.

La Vocación de México no puede ser negada; ella no puede caer en el abismo de las utopías; ¿hasta cuándo lo comprenderán así los mexicanos?

En estas Conclusiones se condensa el Dogma Nacional, el presente y el porvenir de la República, la verdadera, la única Vocación de México.

Si no correspondemos a ella caerá sobre nosotros la responsabilidad de los desastres".

Luis lo reconoció así, y a velas desplegadas recorría la primera etapa del programa cuando lo sorprendió el naufragio....

CAPITULO XXVIII.

Dios quería purificar aun más y más a Luis.

La lucha interior que fué siempre el crisol del Mártir, se recrudeció hasta su máxima tensión.

¿Cuál debía de ser el objetivo de su actividad?

Hasta entonces había luchado resueltamente en la A. C. J. M. y en la Unión Popular; por otra parte, él juzgaba que Dios le había llamado al sa-

cerdocio, y él había resuelto, por fin, seguir ese camino.

¿Qué pues hacer en aquellos momentos angustiosos de la Iglesia?

El mismo, en su última página nos permite entre ver cuánto debió sufrir en aquellos días incomparables de amargura, cuando el crepúsculo de toda luz y esperanza cerró sus sombras sobre México:

"Si hay lugares y fechas especialmente ligadas a un dolor o a una alegría, este lugar y esta fecha marcarán siempre un gran dolor.

Despedazando el alma, contraviniendo tendencias que me llevaban al lado del honor y del afecto, elegí otra senda que creí de dolor y de desprecio.

El tiempo quiso que esta senda fuera la mejor, pero yo no lo sabía.

De quien me llamaba con títulos que le daban el mutuo afecto y el mutuo riesgo, me separé arrostrando su enojo y su desprecio, y lo que es peor, dejándolo solo cuando quisiera estar conmigo.

Recibí la Sagrada Comunión con un fervor que sólo da el dolor. ¡Cuánto hablé a Dios y cuánto le dije!

Lloré como no había llorado hacía muchos años; vertí mis primeras lágrimas de hombre, lágrimas amargas que corrían sin ruido, lágrimas de las que no me avergüenzo ni me avergonzaré jamás.

La mano Providente se nos muestra más en todos los excesos.

Dios llamaba a Luis arrancándolo del exceso del dolor en el exceso del amor.

La hora de la oblación llegó....

I aquí aparece más unida que nunca a Luis la figura gigantesca del Maestro Anacleto González Flores, formidable campeón de la causa de la Iglesia, con relámpagos de gloria en la mirada, y de quien había sido Luis en los últimos momentos de la lucha colaborador infatigable.

Anacleto fué el cantor de su propio martirio; nuestro Maestro por antonomasia, el amigo y hermano del obrero; el forjador de nuestro espíritu indomable; el árbitro de la elocuencia cuya sublimidad fué siempre el eco sonoro de la grandeza de su espíritu; cuyas cabezadas contra el mundo hacían a este retemblar; el que envolvía en ardiente nube los fantasmas sangrientos de Jalisco y Michoacán, de Guerrero y Guanajuato, mártires gloriosos que le formaban comitiva; "el que murió por nosotros" y que ante los esbirros no abdicó ni un instante su soberana y altanera dignidad.

La noche del 31 de Marzo de 1927 estaba consumada la denuncia, realizada la traición Anacleto había pasado la noche en vela en compañía de los hermanos González Vargas, en cuya casa se ocultaba. A eso de las dos de la mañana, cuando apenas se había dormido, llamaron fuertemente en el zahuán y dióse a conocer la soldadesca; entraron impetuosos como hambrienta jauría; se apoderaron de todo y de todos, y el capitán de los generazos al presentársele Anacleto le asestó tan tremenda bofetada que derribó al Maestro sobre una silla. Hasta los criados fueron aprehendidos, y todos, niños y mujeres, en un camión de la Policía, fueron llevados a la cárcel; sólo Anacleto y los tres hermanos González Vargas fueron conducidos a pie hasta el Cuartel Colorado! La madre de los hermanos Vargas se había acercado a sus hijos; segura del martirio de ellos los bendijo y se despidió diciéndoles: ¡"Hasta al Cielo, hijos míos"!

Luis Padilla, como de costumbre, se había recojido temprano; y a las dos de la mañana, por un balcón, como rateros, se meten los esbirros a su casa, lo asaltan en su mismo lecho donde dormía, lo maltratan y se lo llevan dejando en un mar de llanto a su madre y a sus dos hermanas a las cuales más tarde, con engaño, se llevan también para encerrarlas en inmundo calabozo.

Ante estos hechos que provocaron general indignación, la multitud se arremolinaba siniestramente en torno del Cuartel Colorado, y seguramente hubiera ocurrido algún levantamiento que rescatara a las Víctimas, o que al menos las vengara, si los ricos, escuchando el angustioso clamor, hubieran facilitando los elementos materiales....pero los ricos, como dice Papini, "se hallaban entonces y se encuentran todavía con la boca ávidamente abierta, recibiendo en ella los doblones de oro, excremento que defeca Satanás".

El Gobierno por su yarte para justificarse ante la sociedad declara a Anacleto y a sus compañeros autores intelectuales del plagio de Mr. Edward Wilkins, ciudadano Americano, aunque sabía perfectamente que Guadalupe Zuno y sus secuaces fueron quienes cometieron el crimen que culminó con la muerte del extranjero aquel. I si la Embajada Americana creyó o fingió creer que Anacleto y sus amigos fueron los plagiarios, y dió públicamente las gracias por los informes y satisfacciones del Gobierno Mexicano, en cambio; la Viuda de Mr. Wilkins supo perfectamente quienes fueron los autores.

CAPITULO XXIX.

I en una de las fatídicas mazmorras del Cuartel comenzó y se consumó el sacrificio de nuestros Mártires, aquel mismo viernes primero de abril.

El Lic. Anacleto González Flores, en presencia de sus compañeros, fué levantado en alto, suspendido de los pulgares de las manos hasta desarticularlos por completo para obligarle a denunciar a quienes estuvieran complicados en el movimiento libertario, y sobre todo el domicilio de Monseñor Orozco y Jiménez, Arzobispo de Guadalajara, cáustico de la Masonería, varón excepcional en talento y en virtud.

Pero Anacleto resistió la prueba sin confesar absolutamente nada.

Después se sujetó a los otros a torturas incontables para hacerlos revelar: Anacleto, suspendido aún, indignado por aquella infamia, gritó a la soldadesca: —"¡No jueguen con muchachos; si quieren sangre de hombre aquí estoy yo!" Descuélganlo entonces y le asestan tan tremendo culatazo en uno de los hombros que se lo destrozan por completo. Luis Padill a y los hermanos Vargas, vencidos de dolor en la tortura flaquean un punto; pero Anacleto los sostiene y pide él morir al último con el fin de confortar a sus hermanos, y con la boca chorreando sangre por los golpes, rígidas las manos y con el hombro destrozado, comienza a exhortarlos con aquella su elocuencia vibrante y pasional, con aquella su locura de la cruz, con aquella fe de iluminado, con el misticismo aquel que se remontaba hasta la más elevada perfección. Seguramente que nunca había hablado como entonces.

Simúlase después un juicio sumario de guerra y son condenados a muerte los católicos.

Los deudos de los Mártires interponen el amparo; pero el amparo es nada donde tienen los brigantes el poder. Calles lo supo bien; toda la mañana la pasó conferenciando con Ferreira, Jefe de las Operaciones Militares en Jalisco; pero ¿qué?; si él es el Primer Jefe!

Eran las tres de la tarde.

La soldadesca separa a Florencio González Vargas del número de las víctimas, por juzgar erróneamente que aun no tiene mayoría de edad.

Anacleto de nuevo exhorta a sus hermanos, y como Luis manifestara quererse confesar, le respondió el Maestro:—"¡No, hermano, ya no es tiempo de confesarse, sino de pedir perdón y perdonar. Es un Padre, no es un Juez el que te espera. Tu misma sangre te purificará!!".

En seguida hizo Anacleto repetir en coro a sus amigos el acto de contrición.

Aquel momento fué solemne sobre toda la tragedia.

Fueron pasados por las armas Jorge y Salvador González Vargas.

Luis Padilla quiere que le concedan un momento para recoger su espírrtu; se arrodilla, se reconcentra en sí mismo, quédase inmóvil un instante y luego ....trizaron las descargas su existencia....

Después Anacleto majestuoso, incomparable, dirigiéndose al jefe de las armas encargado de la ejecución, le apostrofó:—"¡General, yo perdono a V. de todo corazón; muy pronto nos encontraremos en el tribunal divino; el mismo Juez que me va a juzgar será su Juez; entonces tendrá V. en mí, un intercesor con Dios!"

I después dirigiéndose al pelotón encargado de matarlo le habló con elocuencia tanta, que los soldados se negaron a disparar sobre él, y otro pelotón fué puesto en su lugar.

(Se asegura que los soldados reemplazados fueron después ejecutados).

Entonces el General aquel que no fué capaz de comprender, ni siquiera de

sospechar la grandeza incomparable de Anacleto, con ese cinismo, con ese sarcasmo bestial de nuestros actuales generales, guiñó un ojo a un oficial que se encontraba muy cerca de Anacleto; comprendiendo el miserable aquella seña, hundió un marrazo en el costado del Maestro traspasando el corazón. I Anacleto, tambaleándose, arrojando borbotones de sangre por la boca, reunió sus fuerzas y gritó:—"¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de....!I la descarga tronchó la frase con la vida.

CAPITULO XXX.

Esa misma tarde fueron entregados a sus familiares los cadáveres de los Mártires.

El sepelio fué ejemplar. Diez mil personas los acompañaron al Panteón.

De cuando en cuando una imponente voz clamaba:—"¡Que te dignes humillar y confundir a los enemigos de tu Santa Iglesia"! I la multitud enardecida contestaba: "¡Te rogamos, óyenos!"

I en todo el trayecto no cesaron las turbas de gritar:

—¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Vivan nuestros Mártires!"

I aquella unánime y triunfal aclamación más parecía una apoteosis que un sepelio doloroso.

Aquel fué el más terrible mentís que un pueblo dió a las cínicas declaraciones de un gobierno miserable.

¿Quién detendrá las ondas sonoras de la campana que dobla?

"Para un grande hombre no todo es nacer y vivir, es preciso morir".

I supieron morir como vivieron nuestros Héroes.

Desde aquel momento las sombras de los Mártires lo dominan todo; ellos aparecen en el fondo de los acontecimientos; y sus enemigos fascinados los buscan sin hallarles, pues ellos se ocultan en los esplendores de su gloria, y soscan con su ejemplo e inspiración a los luchadores de la Iglesia.

En vano el Gobierno, que con grillos y cadenas oprime a la Nación e insultándola le grita ¡paz!, ha dictado el exilio a nuestros Mártires y canta muy alto su victoria; porque, ¿en dónde está la victoria?

Ha clausurado y saqueado nuestros templos, y violado a las doncellas consagradas, y asesinado a los ministros y encarcelado y fusilado a los creyentes; y bien, ¿en dónde está la victoria?

Amordaza a la prensa Nacional, y compra también a la extranjera; pacta con gobiernos poderosos que lo apoyan, y multiplica su incontable policía,

y se deshace en reverencias y cumplidos de BIJENA VOLUNTAD al extranjero; y bien, ¿dónde está la victoria?

Compra barcos y armamentos y aviones y soldados; lleva consigo funesta comitiva de traidores y se parece por delante y por detrás y por uno y otro lado a la barbarie, y en su delirio de grandeza él juzga que amontona las nubes y que lanza el rayo como Júpiter; y bien ¿dónde está la victoria?

El creyó que la fe se encuentra en las paredes de los templos y en los muros de los claustros de las monjas y en la existencia de los sacerdotes y en los ornamentos del altar.

Se encajonó en su cerebro perobtuso la idea, engendrada por el Demonio y concebida por la estupidez, de que nada había en nosotros más allá de lo exterior, y de que todo se desvanecería cuando lanzase a los cuatro vientos el rayo que destruye y los clamores de la muerte....

I son ellos, los perseguidores de la Iglesia, tempestuosos y siniestros y sombríos quienes caen en el abismo que trataron de ensanchar a nuestros pies.

A Carranza, Diéguez, Calles y Obregón les llega la sangre a las rodillas; ellos sobre sendas pirámides de huesos humanos, pueden defenderse de las impugnaciones de la Historia, tirando con cráneos a guisa de piedras.

¿I en dónde están ahora esos activos perseguidores de la Iglesia en nuestros días?

Sólo quedan dos o tres de ellos, en torno de los cuales todo se eriza con furia salvaje.

¿I los perseguidores pasivos, o sea los ricos, que como dice también Papini "a fuerza de usuras ordeñan hasta la sangre de los necesitados", en donde estan?

Estos tienen reservado su castigo.

Para ellos trae la guerra en los pliegues del sudario la miseria y el horror que les harán consumirse andrajosos y podridos, sentados en un brasero de rabia inextinguible; y su orgullo, más alto que Babel, se apagará en el último rincón del olvido y de la nada.

¡I todo pasará!.

¡Todo se hundirá con estrépito y violencia, y sólo subsistirá erguida sobre el caos y los escombros, augusta e inconmovible, la cruz de Jesucristo, trágica y gloriosa!!.